

Argumento de
30. Adolfo Torrado

Polizón a bordo!!

(Tierra Meiga)



Tony & Alga

Lina Yegros

Ismael Merlo



Jour de Bataille

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

SERIE PRODUCCION ESPAÑOLA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

¡Polizón a bordo!! (Tierra meiga)

Argumento cinematográfico de
ADOLFO TORRADO

Realización de
FLORIAN REY

Fotografía de
ENRIQUE GAERTNER

Producción Nacional
M. DEL CASTILLO — CESAREO GONZALEZ

ESTUDIOS C. E. A.
Ciudad Lineal — Madrid

Distribución
HISPANIA-TOBIS, S. A.

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



PRINCIPALES INTERPRETES:

Lina Vegros
Guadalupe Muñoz Sampedro
Charito Leóns
Marta Luisa Gerona
Guillermina Grin
Josefina Carreras

Tony d'Algy
Ismael Merlo
Antonio Casal
Anselmo Fernández
Mariano del Cacho
José M.^a Rodríguez
Xan das Bolas
Raul Rod

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

¡POLIZON A BORDO!

Argumento de la película

—¡Arrenegado!... ¿Quién de monitos llamará a estas horas?

Los repetidos y fuertes aldabonazos que sonaban en el portalón habían despertado a doña Rosalía, a la buena mujer que cuidaba de la casa del médico de Vilanova, y que le hacía las veces de criada, de casera, de lazarillo y un poco de madre también, porque eran ya tantos los años que estaba al servicio del doctor, que le parecía tener sobre él derechos maternales.

—¡Arrenegado! —exclamaba a cada nuevo aldabonazo, mientras iba vistiéndose a toda prisa.

No eran, aquéllas, horas decentes de venir a turbar la paz somnolienta de la casa. Por lo menos —¡miña Nai do Carmen!—por lo menos eran las once dadas... ¡Y venir a aquellas horas con tanta prisa!... ¡Algo grave debía ocurrir en Vilanova, cuando con tanta insis-

tencia se llamaba a la puerta de la casa del médico!

Un nuevo y más fuerte aldabonazo hizo sobresaltar a doña Rosalía, que se precipitó por la escalera mientras iba mascullando palabras ininteligibles. Y desde la calle, una voz varonil, fuerte y nerviosa, le gritó con todas las fuerzas:

—¡Abra, abra usted pronto, doña Rosalía!... ¡Soy Antonciño!... Vengo por don Jesús, ¿sabe?... Me mandan de la casa grande...

Rosalía había llegado ya al portalón, acabando de abrocharse la chamma, abrió con gran estrépito de cerrojos y goznes, asomó su cara soñolienta y asustada, y al ver al mozo preguntó:

—¿Qué pasa entonces, rapaz?

—¡Que don Andrés se nos muere!—exclamó el mozo con angustia.

—¡Que el Señor nos valga! — suspiró doña Rosalía haciendo la señal de la cruz.

—Avisa a don Jesusiño. No hay tiempo que perder... Quizá cuando lleguemos a la casa grande, ya no haya remedio...

Rosalía dejó al mozo sin escucharle. Subió precipitadamente las escaleras del zaguán y llamó a la puerta del cuarto del doctor.

—¡Don Jesusiño!... ¡Don Jesusiño!...

Y al mismo tiempo daba unos golpes discretos con los nudillos de sus dedos en la madera de la puerta.

Pero el doctor estaba en el primero y más delicioso de sus sueños y no se enteró de la llamada.

Rosalía insistió. Llamó de nuevo. Volvió a llamar y luego, viendo que no recibía contestación, abrió la puerta y entró decididamente en el cuarto de su amo.

No era cosa de dejar morir a don Andrés porque el sueño del doctor era fuerte como el de un niño.

El doctor despabilóse pronto cuando supo quién era el enfermo, se vistió precipitadamente, mientras iba reflexionando, bajó la escalerilla abrochándose los pantalones, se enfundó el abrigo que le presentaba Rosalía, tomó el sombrero, se

acordó en aquel momento de que olvidaba su maletín de urgencia, volvió a subir al cuarto en busca de él y, ya bien pertrechado con instrumentos y medicamentos, iba a lanzarse a la calle, cuando doña Rosalía le detuvo todavía unos momentos entregándole el paraguas y diciéndole:

—Tome el paraguas, don Jesusiño... ¡Abriquesel... ¡Que la Virgen le ilumine y le guarde, don Jesusiño!

Don Jesusiño no hizo caso de las palabras de la buena mujer. Estaba acostumbrado a sus exclamaciones y a sus desvelos y los tomaba ya como cosa tan natural que casi pudiera decirse que ni tan siquiera les oía.

Antoncijo esperaba con impaciencia. Para sus ansias, el doctor había tardado un año en descender la escalera. Hubiera querido ahora tener alas para llevarle volando a la cabecera del enfermo. Y se desesperaba de tener que marchar al paso del doctor, paso lento de hombre que ha vivido mucho y que ha corrido muchas leguas de tierra para acudir a mitigar dolores, a presenciar agonías, a recibir a nuevos seres, a cerrar los ojos de aquellos a quienes Dios había llamado a su seno dándoles el descanso mereci-

do después de una penosa vida de trabajo.

La noche estaba cerrada y sombría. Llovía copiosamente, con esa lluvia tenaz y persistente de Galicia, en la que parece que todos los cielos vuelcan sus cataratas sobre las losas de las calles o sobre el barro de las corredoiras.

Don Jesusiño caminaba bajo su enorme paraguas, mientras Antonciño, envuelto en un viejo capote, le precedía a algunos pasos y le iluminaba el sendero con el farol, volviendo a cada rato la cabeza para ver si el médico le seguía o si se quedaba demasiado rezagado.

No se veía alma viviente por las ruas, desiertas a aquellas horas de la noche y con aquel diluvio que había hecho recoger a toda alma viviente al amor del hogar. Ni los gatos se atrevían aquella noche a correr por los tejados en busca de una aventura.

Sólo el médico y Antonciño caminaban en silencio por las calles huecas y sombrías, en las que sus pasos resonaban lúgubramente, como si fueran el anuncio trágico de alguna gran desgracia que tuviera que sobrevenir.

En la "Casa Grande", como la llamaban en todo el pueblo, había luz en el zaguán y en las habitaciones bajas, donde tenía su vivien-

da el administrador. Era una casa señorial, vetusta, de portalón enorme, con la herrumbre de siglos, que por sí sola bastaba para denunciar su abolengo. Era la mejor casa de todo Vilanova; se la miraba con respeto; se hablaba de ella con veneración y con cariño, como si la "Casa Grande" fuera el amparo de Vilanova y el refugio de sus habitantes.

Algo grave ocurría aquella noche allí dentro. Nunca, a aquellas horas, el portalón había permanecido abierto ni encendidas las luces del zaguán. Era una casa ordenada y tranquila. Era la que daba tono al pueblo. Cuando la "Casa Grande" apagaba sus luces y cerraba sus puertas a las nueve de la noche, bien podían hacerlo las casas de los campesinos y de los artesanos que la rodeaban.

Esa noche era, en la "Casa Grande", una noche trágica. Don Andrés se moría. En la cocina se había reunido mucha gente que se interesaba por la salud de don Andrés, del que había sido el padre del pueblo, del hombre bueno, noble y probo que tantas penas había remediado y que tantas lágrimas había enjugado.

Las mujeres runruneaban rezos en un rincón, junto al hogar. Los hombres, taciturnos y sombríos,

charlaban en voz baja, medrosos, como si la cercanía de la muerte les atemorizara y pusiera un velo en sus gargantas.

—¡Si don Andrés se muere, y Dios no lo quiera, toda su fortuna pasará a su sobrino Javier!—comentaba uno de los labradores hablando al oído de otro.

—¡Claro! Es el único pariente que se le conoce—replicó el interpelado.

—Pues no va a llegar a tiempo para cerrarle los ojos al tío... ¡Madrid está tan lejos!

—Está, pero hay esos hichos que corren como centellas sin que los arrastre ningún animal... Puede que llegue a tiempo el señorito Javier.

Se callaron porque oyeron en el zaguán los pasos del médico que llegaba acompañado de Antonciño.

Don Jesusiño saludó levemente y subió la escalera con precipitación, marchando decidido a las habitaciones del enfermo.

Reinaba arriba un silencio trágico. Cuando don Jesusiño iba a empujar la puerta de la habitación del enfermo, abrióse ésta y apareció Rogelio, el casero administrador de la "Casa Grande", quien se adelantó a don Jesusiño y con una cara muy de circunstancias, escondiendo con solapada hipocresía sus verda-

deros sentimientos, dijo, fingiendo un serio pesar:

—¡Ya no hay nada que hacer, don Jesusiño!... ¡Que Dios le tenga en su Gloria!

Una ola de emoción pasó por todos los presentes; algunas mujeres lloraban, otras mascullaban oraciones, otras gemían alabanzas.

—¡Era tan bueno!

—¡El padre de los pobres!

—¡Que Dios le tenga en su Gloria!—exclamó Sabela, la mujer de Rogelio, haciendo la señal de la cruz sobre la frente, como si quisiera apartar lejos de sí la muerte que había entrado en aquella casa.

—¡Madre!... ¡Madre! —lloró Rosiña echándole los brazos al cuello a Sabela y ocultando el rostro en el pecho materno.

Don Jesusiño entró en la cámara mortuoria, hizo también, pausadamente, la señal de la cruz y miró al difunto con una larga mirada de despedida, con una mirada en la que bien pudiera haber también un deje de nostalgia, como si el alma se le asomara a las pupilas y ansiara irse a reunir con aquel que ya descansaba para siempre de todas las fatigas, de todos los sinsabores, de todos los dolores del mundo.

La Sabela salió en busca del marido. Aquella muerte representaba para ellos mucho más que la pér-

dida de un amo bueno; representaba enfrentarse con la testamentaria, con los herederos del difunto, con las cuentas que habría que rendir, con las explicaciones que sería preciso dar... Y ni Sabela ni Rogelio tenían la conciencia muy tranquila en aquel asunto.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora que el amo ha muerto?... ¿Qué va a ser de nosotros, Rogelio?—preguntó la mujer en un momento en que se halló a solas con el marido.

Y ésta, frunciendo el ceño, con un gesto duro, de autoridad, de mando, de imposición, replicó mirándola fijamente:

—Como tú seas lista y me hagas caso... no habrá temor de nada, mujer...

Pareció calmarse la Sabela con las palabras de su hombre, y, meditando despaciosamente, volvió donde estaban todos para unir su rezo lloricon y agudo al de las otras mujeres.

Rosiña no pudo resistir la estancia en la cámara mortuoria. Le daba miedo la muerte y, además, cuando fijaba sus ojos en el rostro del muerto le parecía que éste iba a abrir los suyos, los iba a fijar en ella con su dulce mirada y le iba a decir, como tantas veces le había dicho en vida:

—Rosiña, tú sí que eres la flor más bonita de esta casa...

Y Rosiña sentía que la tristeza le subía a la garganta y que le venía como un ansia de desahogar su pena a grandes gritos, gritos desgarradores que la librasen de aquella tortura que le atenazaba el corazón.

Bajó, salió al patio, abrió el portalón, se apoyó en el quicio y, viéndose sola, sintiendo muy hondo todo el desamparo en que la dejaba la muerte del buenísimo don Andrés, rompió a llorar con toda la amargura de su alma virgen.

Antonciño, el que había venido acompañando al médico y que no se había atrevido a entrar en la casa, porque él era demasiado poco para pisar la puerta de la "Casa Grande", se acercó a la moza y entre medroso y angustiado, le preguntó:

—¿Qué dijo el médico, Rosiña?

La chiquilla no pudo contestar, porque los sollozos brotaban con tal pujanza de su pecho que le invadían la garganta y la dejaban imposibilitada para hablar; pero luego, entre sollozo y sollozo, replicó:

—¡Llego tarde!... ¡Tan santo que era!... ¡El amo más bueno de todos!...

—¡Un ángel del cielo, Rosiña, un verdadero ángel! —asintió Antonciño, casi contagiado del llanto

de la moza y haciendo un esfuerzo supremo para demostrar que él era todo un hombre y que no se dejaba dominar por la ternura.

Rosina fijó en él su mirada clara, nublada de lágrimas, su mirada ingenua de mujercita que no ha despertado todavía a la vida, pero que ya siente en el pecho el infiajo del amor, y dijo con la voz entrecortada:

—¡Ya no podremos querernos como antes, Antonciño!... ¡Ahora todos serán lobos para nosotros!... Mi tío me volverá a encerrar para que no hable contigo... y el nuevo amo que venga no nos protegerá como el pobriño de don Andrés...

Antonciño calló un rato mirando a la chica que seguía gimoteando ya con menos intensidad, le cogió la mano, se la apretó muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera estrujársela, y le dijo en un tono serio, decidido, muy varonil, como si de pronto él se hubiera hecho hombre de una pieza, dejando repentinamente de ser un rapaz:

—¡Júrame que pase lo que pase tú no me olvidarás nunca!

Rosina sorbió sus lágrimas, miró al muchacho con sus grandes y serenos ojos, y le contestó con una firmeza y una seguridad que no ofrecían dudas:

—¡Te lo juro, Antonciño! ¡Nunca te olvidaré!

* * *

El automóvil atronó todo el pueblo con su claxon. Salían las gentes a mirarlo llenas de asombro, porque no llegaban todos los días a Vilanova autos tan bonitos como aquél ni se ofrecía tanto tema de curiosidad ni de chismografía como el que daba lugar la llegada del que había de ser heredero de don Andrés, de aquel muchacho que partió del pueblo siendo muy niño y que nunca más había querido volver a la tierra de sus mayores, hasta ahora que debía entrar en posesión de toda la propiedad.

Marchaba el coche con cuidado por las calles del pueblo y al llegar a la plaza se detuvo y un joven de cara abierta, franca sonrisa y mirada brillante, preguntó a unas mozas que estaban bajo los soportales a la puerta de la confitería:

—¡Oya, hacedme el favor!... ¿La casa grande?

—Es aquella de la verja, señor—contestó la más decidida de las mozas.

—¡Gracias, guapa! —sonrió el que conducía el auto.

—De nada, señor—replicó, sonriendo también, la traviesa Chiruca,

que había reconocido en el acto al señorito Javier.

El coche hizo un viraje y se encaminó hacia la casa grande, mientras entre el grupo de muchachas había un gran revuelo.

—¡Si es el señorito Javier! exclamó Chiruca con entusiasmo.— ¡El señorito Javier!... ¡Preguntóme por la casa grande!... ¡Es guapísimo!

—¡Y soltero!—comentó Carmela dando un suspiro—. Me lo dijo don Jesusiño el día del entierro del pobre don Andrés.

—¿Tendrá novia?—preguntó, intrigada y curiosa, una de las mozas.

—¡A cientos debe tenerlas!—rió Chiruca—. ¡Tiene unos ojos!... ¡Así!... ¡Y un bigotito así! ¡Mismo es de cine!—decía, mientras indicaba con expresivos ademanes el tamaño de los ojos y del bigote que le había revuelto el cerebro en pocos segundos.

Interrumpió la conversación la consera, mujer ya entrada en años, un poquillo gruñona, amable solamente con la clientela que le hacía copioso gasto, y que no comprendía ya las alegrías y las ilusiones de la juventud, porque se había olvidado de sus años mozos.

—¡Vamos, Carmela!—gritó, llamando a su hija—. Dale los me-

rengues a ese señor... ¿No me oyes? ¡Cuando hay forasteros en el pueblo, mismamente se vuelven locas!...

Las chicas se quedaron un poco corridas, se miraron entre sí, abogaron algunas sonrisas y se dispersaron, mientras Carmela acudía a cumplir la orden que le daba su madre.

El auto había llegado frente al portalón de la casa grande. Descendió Javier y fué recibido con grandes muestras de cortesía y entusiasmo por Rogelio y Sabela, que habían oído el claxon y que ya tenían noticia de que el señorito llegaba, porque la noticia había corrido por el pueblo con más velocidad que el sonido del claxon.

—Bienvenido, don Javier, bienvenido a esta casa—dijo Rogelio, haciendo grandes saludos.

—¡Hola!—contestó Javier mirando a aquel hombre que a nadie le recordaba—. ¿Tú eres...?—preguntó para orientarse, porque ya todos los criados habían comparecido y él no se acordaba de ninguno.

—Yo soy Rogelio, señor... ¿O es que no se recuerda de mí? Y aquí, Sabela, mi mujer... ¡Anda, boba, acércate al señorito!

—¡Ah, sí... los guardianes del Pazo!—exclamó el señorito, recor-

dando—. El pobre padrino me hablaba mucho de vosotros en sus cartas.

—¡El pobriño de don Andrés!... ¡Dios le tenga en su Gloria!—gimoteó la Sabela, mirando de soslayo al señorito. Y cambiando de tono, con voz de halago hipócrita, añadió: ¡Qué buen mozo, caramba! ¡Y bien pequeñito que se fué de aquí! ¡Y ahora es un real mozo!

—Vamos, déjate de pasmar y coje esas maletas—interrumpió Rogelio a su mujer—. ¿Querrá desayunar el señor... y más bañarse?—preguntó, mirando a Javier—. Todo se lo tenemos preparado.

Desaparecieron todos tras el portalón y la calle volvió a quedar silenciosa. Frente a la casa grande estaba el pequeño tabuco del soqueiro, aquel tabuco donde Roque, el pobre munco, ayudado por Antonciño, fabricaba zuecos rudimentariamente, día tras día, año tras año, viviendo de la miseria que le daba aquella industria chiquita, tan chiquita como sus ambiciones.

Patrón y aprendiz se habían quedado con las herramientas en la mano, pasmados al ver llegar el coche. Habían visto al señorito bajar con un salto ágil, charlar con el administrador y su mujer, saludar a los criados y desaparecer en el interior de la casa, y hasta entonces,

como si hubieran estado magnetizados por una aparición y volvieran de pronto a la realidad, hasta entonces, no se atrevieron a hablar.

—¡Vaya mozo! — exclamó Roque—. ¡Tiene toda la planta de los Mourentes! ¡Si don Andrés pudiera verle!...

Se calló como si meditara algo que le preocupara mucho y luego siguió diciendo:

—No sé por qué... pero me parece que este rapaz no nos va a traer nada bueno a Vilanova.

—¿Por qué dice eso, señor Roque?—preguntó Antonciño mirando a su patrón.

—Porque no le puede tener apego a la tierra quien tanto vivió fuera de ella... Arbolito trasplantado no puede dar buen fruto.

Antonciño no contestó. Otra cosa le llamaba más la atención que las palabras del señor Roque. Calle adelante, llevando del cabestro a dos vacas lecheras de hermosa planta, venía Rosiña caminando lentamente en dirección a la casa grande, como si se le hiciera penosa la vuelta y la retrasara tanto como estuviera en su poder.

Alzóse el mozo de su asiento y salió rápido en su busca. El señor Roque sabía los amores de Antonciño y Rosiña, y él, aunque solterón y viejo, comprendía bien el encanto

de la primavera cuando florece, y dejaba que aquellos dos corazones que despertaban a la vida se expansionaran en sus inocentes charlas y en sus proyectos futuros que tan lejanos estaban aún, pero que ya prendían la luz de la esperanza en sus pechos.

—Rosíña, Rosíña—la llamó.

Sonrió la moza, detuvo el paso y se quedó junto a Antonciño, que le dijo con inquietud:

—Rosíña, ya está ahí el nuevo amo...

—¿El señorito Javier?

—Sí... acaba de llegar.

—¡Ah, entonces me voy corriendo! —contestó Rosíña, tirando del cabestro de las vacas para que la siguieran—. Voy a guardar las vacas en el establo, porque haré falta yo allí dentro...

—Entonces... ¿ya no podré verte hoy?—preguntó el mozo con tristeza.

—No sé, pero temo que no me dejen salir.

—Si tú quieres hacer una escapada... podrás... Yo te espero, Rosíña —dijo Antonciño, mientras la moza se alejaba todo lo rápidamente que le permitía el andar cansino de las reses.

En la casa, Rogelio y Sabela se afanaban en torno al señorito para captarse su simpatía y su benevo-

lencia. Le fueron enseñando todas las dependencias. Todo estaba limpio y en el más perfecto orden. Sabela se había afanado en dejar la casa como una plata en espera de la llegada del señorito Javier. Sabía que una casa en orden cautiva desde el primer momento y que, muchas veces, por la apariencia exterior se olvida uno de adentrarse en profundidades.

—Esta era la mesa de trabajo del señor amo—explicaba Rogelio, —y en este sillón se pasaba todo el día sentado su señor padrino, que en Gloria esté... Todo está tal y como él lo dejó. No hemos querido tocar nada, hasta obtener su venia de usted. El señor amo creo que estará contento... Estos son los libros de contabilidad, las cuentas, los balances, ¿sabe?... Cuando usted quiera, todo está en orden, todo...

—Bien, bien... esto lo veremos despacio más tarde. Hay que mirarlo con calma porque es lo más importante.

—Ya le iré explicando. Su señor padrino lo tenía todo muy revuelto. La cuestión de intereses era un embrollo. Vendieron algunas fincas. Hay hipotecas, ¿sabe? Y más los pleitos también se llevaron mucho dinero...

Javier hojeaba rápidamente los

libros que el administrador había puesto ante su vista. Sagazmente dióse pronto cuenta de que, en realidad, la hacienda estaba muy embrollada y que aquella herencia en la que muchas veces había soñado, no era todo lo brillante que él imaginara en sus horas ociosas de señorito madrileño que tiene buenas rentas que despilfarrar sin que nadie le pida nunca cuenta de sus gustos.

—Eso ya lo veremos con calma, con claridad. Las cuentas hay que examinarlas con claridad.

—Cuando quiera el señorito... no le hay prisa. El señor se quedará en Vilanova hasta...

—Hasta que todo esté claro... muy claro—recalcó Javier, mirando a aquel hombre que no le inspiraba ninguna confianza.

Cuando se hubo dado cuenta del estado de la casa, Javier volvió a examinar los libros con detenimiento. Realmente las cuentas eran un embrollo, pero él tenía la cabeza bastante clara para ver en ellas y poder ir desenredando aquella maraña tupida que representaba la herencia de su padrino.

Rogelio le fué explicando, del mejor modo que pudo, las dudas que surgían y los borrones que manchaban los libros, casi siempre en las partidas más interesantes.

Después de aquel largo y detenido examen de la contabilidad de la hacienda, Rogelio, cerrando los libros con un suspiro de alivio, porque para él aquel rato había sido difícil y cruel, le dijo:

—Ahora ya sabe usted cómo marchan los números... ¿Quiere tomar algo, don Javier?

—¿Quiere un vasito de leche fresca?—interrogó Sabela que rondaba por allí para salir en ayuda de su marido si él no podía sortear alguna dificultad—. Se lo va a servir mi Rosiña.

—¿Quién es Rosiña?—preguntó Javier, que no había visto todavía a la moza.

—La que cuida las vacas.

—¿Es vuestra hija?

—Como si lo fuera — explicó Rogelio—. La recogimos huérfana bien pequeñita...

—¿Es una alhaja de rapaza! Cuida los establos y la casa y los muebles. Cose, plancha... Aquel almohadón lo ha bordado ella.

Javier miró el almohadón, que era poca cosa, sonrió en su interior y dijo, halagando a los padres adoptivos de la chica:

—¡Ah, muy bonito, de muy buen gusto!

—¡Y hasta sabe cantar! — explicó Sabela en el colmo del entu-

sismo—. Don Jerónimo, el párroco, está todiño con ella... Canta los domingos en misa de doce.

—Y es puntual en todo... ya verá usted... Y luego, en el día de la fiesta, no hay moza más galana.

—Mismamente parece una señorita...

—¡Ay! Y es lista como una centella... La voy a llamar —dijo Rogelio, saliendo precipitadamente en busca de Rosa, de aquella Rosiña a la que ahora ensalzaba tanto cuanto podía su imaginación, para que ya antes de que el señorito la conociera, supiera de todas sus cualidades y de sus dotes.

Buscóla por toda la casa, salió al portalón y miró de un modo hesco lo que descubrieran sus ojos: Rosiña y Antonciño estaban charlando idílicamente, teniendo por testigos a las dos hermosas vacas que Rosa cuidaba con esmero, porque las quería con ese cariño simple y sencillo de la gente del campo hacia sus bestias, hacia los animales que les dan el pan de cada día con sus productos naturales.

Antonciño, mirando a Rosa con apasionamiento, le decía muy cerca del oído:

—Tengo envidia hasta del aire que te roza la cara...

Y la moza, riendo halagada, replicó bajando los ojos con un súbito rubor:

—No será para tanto, mentiroso...

—No te miento —insistió el muchacho con vehemencia—. No te miento... que estás más guapa cada día. ¡Ay, si yo tuviera dinero! Casábamos mañana mismo...

Rogelio, fruncido el ceño, con cara airada, gritó desde la puerta con una voz que desvaneció todos los sueños inocentes de los dos enamorados:

—¿Pero qué hacéis ahí? ¡Mala centella vos coma!... ¡Pasmón! ¿No te dije que no quiero verte cerca de esta casa? Y tú ya lo sabes, como vuelva a encontrarte con ese galopín, te parto la crisma... ¡Anda, anda, salta para adentro!

Rosiña entró azorada en la casa, roja de vergüenza y de pena, con sus enormes ojazos nublados por la melancolía.

La obligaron a servir el desayuno al señorito. Tomó la bandeja y entró en el despacho de don Andrés, aquel despacho que ahora ocupaba el señorito Javier y que a Rosiña le daba la sensación de que habían venido a usurpárselo al muerto, a aquel muerto a quien ella tanto debía, porque favorecía sus amores, era el confidente de sus pe-

nas y la había tratado siempre como un padre amante y comprensivo, llegando al corazón de la niña con dulzuras y ternezas que la pobre huérfana había siempre desconocido.

Javier, al ver entrar a la moza, la contempló con admiración, sin decir palabra, porque notó su turbación y azoramiento.

Sabela la miró con ojos de arpía, pero procuró dulcificar el tono para que el señorito Javier no se diera cuenta de la realidad de la situación, y dijo a la chica, empujándola suavemente:

—¡Vamos, ofréceselo al señorito!

—No te tiemblen las mimos, mujer... y sonríete un poquito—añadió Rogelio con una expresión tan suave que sublevó el ánimo de Rosiña, que llevaba todavía clavado en el corazón el tono con que la había separado de su novio.

—¡Pobrecilla! — exclamó Javier contemplando a aquella criatura primorosa que avanzaba hacia él temblorosa y avergonzada—. ¡No la azoren!... Es muy linda la muchacha...

—Eso sí, no le hay en la aldea más linda rosa—afirmó Sabela, fingiendo un gran orgullo maternal.

—Por eso le pusimos Rosiña...

Mire esas mejillas. Mismamente dos rosas parecen.

—Es verdad... Es un acierto el nombre—afirmó Javier sin dejar de contemplar a Rosiña con una mirada penetrante, como si quisiera adentrarse en el alma de la moza—. Ven acá, acércate... no tengas miedo...

—Sí, señor... digo, no, señor... —balbuceó Rosiña, azorándose cada vez más.

Javier tomó de las manos de la moza la bandeja, miró a Rosiña fijamente y le dijo:

—Tienes muy lindos ojos... con una expresión muy dulce en ellos... y al mismo tiempo muy seria... Parece muy formal—añadió, dirigiéndose a Rogelio y Sabela—. ¿No tienes novio?—le preguntó a la chica, que no tuvo tiempo de contestar, pues ya Sabela había cogido la palabra para decir, llevándose las manos a la cabeza como si se tratara del más espantoso de los delitos:

—¡Ay, no, señor; pobre de ella!

—Nunca la apartamos de nuestro lado—aseguró Rogelio, secundando a su mujer en el plan que los dos se tenían trazado de antemano.

Y Rosiña sonrió levemente, muy levemente, con una enigmática sonrisa, acordándose de su Antoncillo, del mozo que en aquellos momentos debía estar en el tabuco del zoquei-

ro fabricando zuecos, mientras la imaginación volaba a su lado. ¡Vaya si volaba! ¡Si Rosiña sentía sobre ella las miradas de Antonciño y sentía en su nuca su aliento! ¡Y aquellos dos malvados decían que no tenía novio!... ¡Ya lo creo que le tenía! ¡Novio... y novio para toda la vida, porque o ella se casaba con Antonciño, o jamás, jamás, jamás podría querer a otro hombre!

* * *

Don Jesusiño, el bueno de don Jesusiño, aquel médico que era, además, el amigo y el padre de todos los pobres de la aldea, había mandado llamar a Manucho, aquel pobre diablo de Manucho que andaba siempre trabajando a jornal en los campos y que nunca tenía un ochavo para gastarse en diversiones, porque apenas le llegaba lo que ganaba para comer un pedazo de pan.

Se había recibido carta de América y don Jesusiño leía a Manucho aquella carta que traía noticias deslumbradoras para el rapaz, tan deslumbradoras que el pobre chico no acertaba a comprender.

La carta era de su hermano, de un hermano que había partido de la aldea hacía muchos años para ir a hacer fortuna, como tantísimos y

tantísimos gallegos habían hecho, más allá de los mares, a América, a aquel país fabuloso del que no se regresaba jamás o del que se volvía cargado de pesos...

Después de muchos rodeos y circunloquios, la carta decía así:

—Y le agradeceré que con ese dinero le compre a mi hermano Manucho un pasaje de primera clase en el primer vapor que salga para La Habana, y con el resto se le equivo bien de ropa, pues tengo a orgullo que mi hermano llegue a América como yo hubiese querido llegar. Gracias por todo, mi querido don Jesusiño, y reciba un saludo efusivo de su buen amigo, Francisco Loureiro."

Don Jesusiño, terminada la lectura, miró fijamente a Manucho y le dijo:

—Ya has oído. Ya sabes lo que dice la carta. Eres el rapaz de más suerte que ha nacido en Vilanova. Tu hermano te manda llamar para que te reñmas allá con él y te paga pasaje de primera. ¡Tantísimos como se marchan y han de ir peor que animales, en las bodegas, hacinados, días y días en aquel amontonamiento de miseria!... ¡Y tú vas a ir en primera, como un gran señor! ¡Ya puedes verte contento!

—Pero ¿y voy a cruzar la mar? preguntó Manucho, pasmado, sin

comprender todo lo que don Jesusiño le estaba diciendo.

—¡Claro, hombre, claro! ¡Para irte a América! ¿O es que no lo has comprendido? ¡Te vas a América en el primer barco que salga para La Habana!

—¿Y no me marearé, don Jesusiño?—preguntó Manucho, que le tenía miedo al agua—. Mire usted que una vez, en Betanzos, me subí a un bote de un tiovivo... ¡y creí que me moría!

—Vamos, no seas cobarde, hombre. El que no se arriesga no pasa el mar. Y tú nada tienes que arriesgar, porque tu hermano te lo da todo hecho... Sin dinero... ¡y hasta sin pasaje!, se marchan todos...

—Eso es verdad... En la aldea todos los mozos emigran. América debe ser grande... Pero usted tiene que guiarme en todo, don Jesusiño, porque yo nada sé...

—Tú déjame a mí, que yo te compraré lo que necesites. Irás bien equipado, como tu hermano quiere. ¡Irás como un gran señor!

Don Jesusiño se llevó a Manucho consigo. Recorrieron todo Vilanova comprando cuanto les hacía falta: ropa interior y vestidos, zapatos y calcetines, sombreros, maletas, en fin, que en un par de horas compraron más cosas de las que suelen comprarse en un año en todo Vilanova.

Manucho estaba asombradísimo viendo que don Jesusiño iba encargando cosas y más cosas, y que todo era para él.

—¿Y esa maleta también es para mí?... ¿Y aquella tan grande?... ¿Y luego, la gaita también?

—Sí, hombre, sí, para curarte las morriñas cuando lleguen, que también te van a llegar... Y luego te compro aquel baúl, para que te quepa más ropa todavía.

—¡Ay, don Jesusiño!—exclamó Manucho con un gran suspiro—. ¿Y no será mucho peso para el barco?

—Calla, calla, que pareces bobo. A ver si por aquellas tierras te despiertas un poco... Vamos, espabila esa cara y sigámonos comprando, que el barco no espera a la gente y tienes que estar a punto para el día que zarpe de La Coruña.

Don Jesusiño se veía un tanto apurado para atender a todo. Manucho no se daba ningún aire en aquel ajetreo de compras que llevaban. Y era él quien tenía que resolver por su cuenta y razón, como si de intereses personales se tratara. Gracias a que era don Jesusiño y que todo lo que hacía don Jesusiño, tanto en la aldea como allende los mares, estaba bien hecho.

Manucho se probó varios trajes. El sastre de Vilanova no era un maestro en el arte del vestir y con

dificultad se encontraba una prenda bien hecha que estuviera a la medida de Manucho.

Don Jesusiño, que comenzaba a impacientarse con tanta dificultad, decidió rápidamente, mostrando al sastre el arreglo que debía hacer:

—Esto se arregla fácilmente... Se estira de ahí, se encoge de aquí...

—Le va que ni a la medida— afirmaba el sastre, tirando de un lado y otro—. Y de resultado, ya verá, le durará toda la vida...

—¿Ea que tengo cara de poca salud o qué?—preguntó Manucho, alarmado, mirando el género, que no le parecía tan duradero como los años que él ansiaba vivir.

—Vaya, no discutas más; me parece que ya lo tenemos todo: la gaita, las maletas, el baúl, la ropa, los vestidos... Sí, todo está... ¿Cuánto es todo?—preguntó don Jesusiño, echando mano de la cartera.

Contó el amo de la tienda el gasto sorprendente hecho por aquellos clientes inesperados y dijo:

—En total son mil seiscientas cincuenta y cuatro pesetas.

Don Jesusiño pagó religiosamente lo que le pedían y salió de la tienda seguido de Manucho, que ya se daba aires de hombre importante.

La noticia se corrió por la aldea como reguero de pólvora y todo

eran comentarios y habladurías que llegaron pronto a la confitería.

—¿No sabes? — le dijeron a Carmela esas almas que siempre y en todas partes se desviven por lanzar, aumentadas, las malas noticias. —Manucho, tu novio, se está comprando toda la tienda... y dicen que es que se va...

—¿Que se va?... ¿Que compra toda la tienda?...—repitió Carmela, como si no entendiera lo que le decían las que se llamaban sus amigas.

—Más de treinta mil pesetas de baúles se tiene gastadas ya—añadió otra que se las daba de muy bien informada.

—Y todos llenos de ropas y de sombreros... Digo yo que no será para quedarse en Vilanova para lo que se compra todo eso...

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—exclamó Carmela casi con lágrimas en los ojos—. ¡Mi Manucho no se va!... ¡Mi Manucho se ha vuelto loco!...

—Mírale... allí viene... Don Jesusiño le ha acompañado a la tienda. No creo que don Jesusiño se haya vuelto loco también.

Carmela se mordió los labios y se calló. Le dolía en el alma que Manucho emigrara, pero no quería dar el placer de su dolor a aquellas envidiosas.

Calle adelante venía Manucho

vestido como un caballero. Le habían vestido en la tienda y él iba luciendo sus galas. Iba con traje nuevo y las manos cargadas de paquetes.

Al pasar frente al zoqueiro saludó con saludo de hombre superior a Antunciño, al mozo que era su mejor amigo y compañero porque, como él mismo, era otro pobre diablo, y del que ya se sentía distanciado por la prestancia de su traje nuevo.

—¡Adiós, Antunciño! — le dijo de pasada, sin detenerse—. Tengo prisa, ¿sabes? ¡Me voy a Cuba!...

Antunciño le miró asombrado y no tuvo palabras para contestarle. Manucho se encontraba a cada paso con mozos y mozas que le preguntaban, admirados de su porte:

—¿Dónde vas, rapaz?

Y él, con un tono que no era natural, respondía, un poco burlón y un poco convencido:

—¡A las Américas!... Soy un emigrante... Soy un emigrante...

Manucho fué directamente a la confitería. Quería ver a Carmela. Quería despedirse de ella. Quería decirle muchas, muchas cosas que llevaba en el corazón y que sus labios torpes no sabían decir.

Cuando llegó a la tienda repitió aquella frase que era la única que se le ocurría como si se le hubiera quedado reflejada en el cerebro y

horrara todas las demás con su machacona insistencia:

—¡Christ... soy un emigrante!

—¡Manucho! — exclamó Carmela, saliendo a su encuentro.

Manucho se plantó ante ella en postura arrogante, para que le admirara y le dijo mirándola a los ojos:

—Perdóname, santiña, pero voy a embarcar...

—¿Entonces es cierto?... ¿Es verdad que me dejas, Manuchiño? —preguntó Carmela, rompiéndosele la voz en un sollozo.

—Voy a cruzar los mares, Carmela... A la Habana me voy, te lo vengo a decir... ¡Soy un emigrante!

—No me habías dicho nada— lloraba Carmela desconsolada.

—Ni yo mismo lo sabía, rapaza. Mi hermano mandóme llamar... dice que me necesita... Pero no me llores, Carmela, no me llores... Volveré, volveré lleno de pesos... ya verás... Y casaremos en seguida. ¡Medía isla te voy a traer!...

Carmela hacía gestos negativos con la cabeza. ¡Qué le importaban a ella las riquezas que pudiera traer de allá!... ¡Lo que a ella le importaba era que perdía a su Manucho, a su Manuchiño querido, y hubiera querido retenerle entre sus brazos, si sus brazos se hubieran podido convertir en garfios potentes que le aprisionaran para siempre!

Pasaron varios días. En la aldea había mucho movimiento. Cada barco que zarpaba de La Coruña con rumbo a La Habana se llevaba del pueblo a los mejores mozos, a los más osados, a los valientes, a los que se ahogaban en aquel ambiente mezquino... Y allá quedaban las mozas llorando, en espera de que ellos volvieran... ¡o de que no volvieran ya jamás!

Antonciño entró en la taberna. Sabía que eran esta vez varios los compañeros que emigraban del pueblo y marchaban en busca de una vida mejor; pero él no podía soñar en aquellas cosas; él no era más que un pobre miserable que tendría que vivir y morir en la aldea, haciendo zuecos, como su patrón, viviendo siempre solo, porque nunca tendría bastante dinero para decir a una mujer: "Vamos, ven a mi lado a ser mía, que yo trabajaré para los dos... y para todos los que de nosotros dos vayan viniendo..."

Y aquel día estaba triste Antonciño pensando en aquellas cosas.

—Un patacón de queso y un pouquiño de pan—pidió al tabernero.

—¿Quieres vino?—le preguntó éste cuando le hubo servido lo que pedía.

—No bebo.

—¡Toma una copa, Antonciño, a la salud de los que nos vamos!

—le dijo un mozo desde una de las mesas avanzando hacia él con el vaso en la mano.

—¡Vaya, si es por esto!—replicó Antonciño, aceptando.

Los mozos rieron. Bien sabían todos que si Antonciño no había querido vino era porque no lo podía pagar. Todos le miraban con un poco de lástima, pero con esa lástima cruel del que se recrea en la desdicha ajena.

—¡Antonciño!—le gritó otro de los mozos que iban a emigrar—. ¡El zoqueiro!... ¡Eres un coitado... pobriño!... Tú nunca cruzarás el mar... No tienes arrestos para ello...

—¿Qué quieres que te traigamos de allí?... ¿Cajas de habanos?—preguntóle otro con ironía mordaz.

—Cuando yo vuelva te encargaré unos zuecos con bebillas de plata—añadió un tercero.

Y otro, que había estado callado hasta entonces, añadió:

—No meterse con él, ¡vaya!... El que va a traer más pesos voy a ser yo y entonces compraré la casa grande... *con todo lo que hay dentro*... ¿Tú me entiendes, Antonciño?... *Con todo lo que hay dentro*—y subrayó mucho esta frase, con malévolas intención, mientras los otros reían a carcajadas.

Antonciño no replicó a aquella bofetada que le daban en pleno rue-

tro. Se quedó callado y pensativo, mientras su imaginación volaba hacia aquellas tierras desconocidas, hacia aquel país de ensueño y de maravilla donde iban a hacerse ricos algunos, y otros a morir de hambre... ;pero en la aldea sólo se conocían los triunfos de los que volvían de allá, mientras nadie volvía a hablar de aquellos que fracasaban!

Los mozos emigrantes seguían bebiendo y comenzaron a cantar a coro, suavemente, dulcemente, aquel dulcísimo alalá que llevaba en sus notas toda el alma llena de saudades y de melancolías de la dulce Galicia:

Adiós, ríos, adiós, fontes,
adiós, pedriñas d'o lar,
aunque voy para muy lexos,
nunca os habré de olvidar.

Adiós, prados y pinares,
adiós, moceira querida,
adiós, todos meus amores,
lo mejor de nuestra vida.

Ay lá lá lá...

Compañiños que tocades
dándonos la despedida,
muy pronto vós a tocara
dándonos la bienvenida.

Adiós, naiçña querida,
non quera verte chorar;
aunque voy para muy lexos,
muy pronto he de retornara.

Ay lá, lá, lá, lá...

Antoncillo siguió soñando. Las voces de sus compañeros le traían

ráfagas de nostalgia y de ambiciones entremezcladas. Veía en su imaginación aquel mar, aquel mar inmenso e incommensurable que surcarían los mozos... y allí, en el límite del horizonte, la isla encantada...

Y salió de la taberna, decidido, como si acabara de adoptar una determinación irrevocable y marchara a cumplirla, como si fuera un voto.

* * *

El día de la partida llegó, llegó mucho más pronto de lo que las mozas que en la aldea quedaban hubieran deseado, llegó mucho más tarde de lo que ansiaban las imaginaciones de los rapaces que creían encontrar más allá de los mares el bienestar y la riqueza que su propia tierra les había negado. Llegó como llegan todas las cosas de la vida, con su paso silencioso, pero seguro, por el sendero del destino que nos va trayendo a cada hora, a cada minuto, a cada instante la gotita de miel o de hiel que nos tiene reservada.

Aprestábanse los mozos a la marcha. Cada uno habíase despedido de los seres queridos y tenían que reunirse en la plaza del pueblo para emprender, andando, el camino que había de conducirles hasta La Coruña en busca del barco que

les llevaría allá, lejos, al otro lado del Océano, a la tierra de promisión tantas veces soñada.

Manucho se entretuvo a la puerta de la confitería charlando con Carmela, con la deliciosa mocita que le miraba partir con los ojos húmedos de llanto y con el corazón lleno de esperanzas que se superponían a sus tristezas.

—No seas tonta, Carmela —decíale Manucho con aquel dulce mimo gallego que tanto sabe adentrarse en los corazones—. No seas tonta... no llores... Seca esa lágrima... Verás qué cacho de confitería voy a ponerte cuando vuelva de allá...

—¡Ay! —gemía la moza—. ¡Que son muchas leguas de mar las que van a separarnos y allí te va a pillar una lagartona que te quedará para ella y que nada se le importará el que yo me muera de pena...

—Vamos, te prometo que antes de un año estaré de vuelta... Vete ya preparando al cura, porque llegaré con mucha prisa para casarme —decía Manucho, procurando fortalecer el ánimo de Carmela.

Sonrió la chica y, mirando a Manucho por entre sus lágrimas, replicó, esperanzada y animosa:

—¿De veras?

—¡Que naufrague el barco si

te miento! —afirmó Manucho, estrujándola entre sus brazos.

Y partió corriendo a reunirse con los otros mozos para que no le flaqueara el corazón y no le viera Carmela llorar.

También Antonciño había acudido a despedirse de su Rosa. Se había acercado con cautela a la casa grande, temeroso de que Rogelio pudiera verle y estorbare la despedida. Esperábase Rosiña en el portalón, con el alma puesta en los ojos, reflejada en ellos su gran angustia, pero dominándose para no dar pena a aquel que se marchaba en silencio, sin que nadie lo supiera, sin que se adivinaran sus propósitos, sin que pudieran impedirle la realización de aquella idea que le había asaltado en la taberna y que estaba decidido a llevar a cabo costase lo que costare.

—Que Dios y más la Virgen te vean marchar y te lleven de su mano —le dijo Rosiña mirándole con aquellos enormes ojos cargados de misterio.

—Espérame, Rosiña... Confía en mí —replicó Antonciño, acercándose mucho a su novia para que ni el aire pudiera escuchar sus palabras.

—¡No llevas dinero! —suspiró ella con infinita angustia.

—Llevo ansias de subir... de luchar... de vencer...

—¡No llevas comida para el camino!... —suspiró ella de nuevo, mirando la miseria en que se marchaba el mozo, miseria que ella no podía aliviar porque no tenía nada en el mundo que darle, nada más que todo el amor de su corazón... pero el amor ¡ay! sirve de tan poco cuando de la realidad práctica de la vida se trata...

—No te importe, Rosiña... No llevo dinero, ni llevo comida, ni llevo nada de lo que llevan los otros... Pero llevo conmigo lo mejor del mundo: ganas de volverme rico... ¡muy rico!...

—¿Me escribirás todos los días?

—Te escribiré... Tú no dudes de mí... No dudes nunca de que volveré... ¡Y ya verás aquel día!... ¡Aquel día será el día que habrá jolgorio en Vilanova!

—¡Que Dios te oiga y que la Virgen te ayude, Antonciño!... ¡Que todas tus esperanzas se conviertan en realidades!... ¡Pero no te olvides de tu Rosiña, de la que queda aquí, arraigada a la tierra meiga, esperando que vuelvas tú a arrancarla de su rosal...! Para ti y sólo para ti será esta Rosa...—afirmó la chiquilla con vehemencia y sentimiento.

—Te escribiré todos los días... ¡Adiós, Rosiña!... Ya van a llegar los mozos emigrantes... ¡Adiós!...

A lo lejos se oía el coro de voces de mozos que iban cantando el dulce alalá de despedida:

Adiós, ríos, adiós, fontes,
adiós, pedrías d'o lar,
aunque voy para muy lexos,
nunca os habré de olvidar.

Ay, lá, lá, lá, lá!...

El grupo de mozos avanzaba. Con ellos iban algunas rapazas que no querían separarse tan pronto de sus amados. Chiruca iba cogida del brazo del suyo, de aquel que era ya el cuarto que se le marchaba a las Indias y la dejaba para siempre abandonada en la aldea, como si fuera un terrón de tierra inservible. Chiruca no desesperaba por eso. Tenía fe en sí misma y estaba segura de que algún día triunfaría de la indiferencia de los hombres.

—¿No me harás lo de los otros tras?—le preguntaba al mozo abrazándole antes de separarse de él.

—Descuida, rapaza, yo soy de ley...

—Mira que tuve tres novios emigrantes y los tres casaron allá...

—Pues ya puedes decir que el cuarto ha de volver por ti... No pueden nada contra un cariño grande las criollas de La Habana...

Chiruca volvió a abrazarle. Todas las mujeres se hacinaban en

torno a los mozos. Todo eran recomendaciones.

—Toma, guarda esto, son mis ahorros—decía una madre, entregando a su hijo un puñado de monedas recogidas con quién sabe cuántas fatigas y sudores.

—¡Adiós, naiciña querida!—gritaban los mozos—. ¡Hasta la vuelta!

—Ya no me encontrarás al volver...—sollozó una pobre vieja que veía partir a su hijo con el alma desgarrada por un agudo dolor.

Quedáronse las mujeres viendo como el grupo de emigrantes se alejaba, cantando, cantando siempre, como si quisieran ahogar sus lágrimas con aquel grito salido de sus corazones:

Adiós, pedros y pineros,
adiós, mocito querido,
adiós, todos meus amores,
lo mejor de nuestra vida.

Rosíña vió partir a los mozos desde la puerta del establo de la casa grande. Tuvo fuerzas para no llorar mientras escuchó sus voces, pero cuando fueron perdiéndose en la lejanía, cuando ya no fué más que un eco vago diluido en el ambiente, cuando ya se hizo el silencio de aquellas voces que marchaban lejos, muy lejos, tan lejos que acaso ya no las volvería a oír

jamás, todas sus fuerzas la abandonaron y rompió a llorar desoladamente.

Chiruca, que era la más animosa moza de la aldea, se acercó a ella, la cogió por el brazo y le dijo, queriendo consolarla:

—No sufras por eso, rapaza... ¡Bah, eso no es nada!... ¡Tú tienes ganas de llorar ahora!... Mirame a mí... Se me fueron ya tres y ninguno volvió... Ahora se va el cuarto, pero ya tengo pensado el sustituto... ¡No le faltan buenos mozos a Vilanova!

—Antonciño volverá—afirmó Rosa, segura de lo que decía.

—No te fíes... Yo que tú iría pensando en buscarme otro...

—Antonciño no es como todos—arguyó Rosíña herida en su amor hacia el mozo.

—¿Que no es?—preguntó Chiruca, escéptica—. ¡Ya verás!... América te los cambia. Los pesos son muy tentadores... y las cubanitas también... Dices que son mujeres de fuego... ¡Y ya ves, nosotras no somos más que unas pobres aldeanas!

Rosíña no contestó, entornó los ojos y se sumió en profunda meditación. Luego agarró de la mano a Chiruca y le dijo:

—¡Vámonos hasta el cruceiro!... ¡De allí veremos zarpar el barco!

Los emigrantes habían ya caminado mucho por el sendero cuando se cruzaron con don Jesusiño que, montado en su caballo, volvía de su diaria visita a los lejanos caseríos donde había algún enfermo o alguna pena que consolar. Paróse el médico viendo a los mozos que le saludaron con cariño y respeto, les saludó con el sombrero en el aire, sonriendo con una sonrisa melancólica, indefinida, como si fuera de nostalgia por no poder seguirles a ver otros horizontes y otras tierras o de pesar de no poderles retener allí, de no poder convencerles de que en el suelo de Galicia estaba su felicidad, de que nada hay como la tierra que nos ha visto nacer para arraigar en ella y fecundarla con nuestro trabajo, con nuestros sudores, con nuestras angustias que muchas veces han de florecer con la pomposa lozanía de nuestras grandes alegrías.

—¡Adiós, don Jesusiño!—le gritó uno de los emigrantes.— ¡Hasta la vuelta! ¡Voy a traerle un termómetro de oro cuando vuelva!...

Sonrió el médico de nuevo y les gritó, como si dejara escapar en aquel grito el sentimiento de su alma:

—¡Buena suerte, rapaces!... Pero no olvidéis nunca la tierra que

os vió nacer... No os olvidéis nunca de nuestra tierra...

Y algo debió enturbiarle los ojos —¿lágrima? ¿emoción? ¿o sólo el soplo del viento en la arboleda del camino?—porque el médico sacó el pañuelo del bolsillo y con mucha calma se lo pasó por los ojos y lo agitó luego en el aire despidiéndose de los que se marchaban hoy y que acaso ya no volverían nunca más.

Llegaron las mozas al cruceiro a tiempo para escuchar el ronquido de la sirena que daba la señal de partida. La Cruz, la bendita Cruz que se alza como signo de redención y de paz en los senderos de Galicia, abría sus brazos en la claridad del cielo de aquel día diáfano, y en su capillita, arrehujada en ella como si quisiera pasar inadvertida, la Virgen María sonreía con su sonrisa de dolor y resignación al dolor de aquellas chiquillas que habían venido a acogerse a la sombra de la Cruz para prolongar unos momentos más la ilusión de la presencia todavía no demasiado lejana de los que pronto surcarían el mar en busca de nuevas rutas para sus vidas miserables.

Desde el cruceiro se divisaba el mar, el mar infinito e incommensurable, el mar que visto así, desde lejos, parecía un inmenso prado azul.

Las tres muchachas, Rosiña, Chi-

ruca y Carmela, miraban hacia el horizonte con los ojos pasmados. El roncar de la sirena llegaba a sus oídos diluido por la distancia. Se veía el humo de las chimeneas del barco. Y le vieron pasar, majestuoso y sereno, inundado de luz, surcando tranquilo aquellas aguas que parecían de cristal, marchando suavemente sobre el lomo de las olas, perdiéndose a lo lejos, en la niebla de la distancia, convirtiéndose a cada momento en un punto más chiquito, más imperceptible... nada ya... ¡Nada más que agua y cielo!... ¡Agua y cielo sería lo que ya divisarían únicamente los mozos, lo que verían durante días y días en aquella larga travesía que hoy comenzaba!...

Rosiña se quedó mirando a lo infinito. En sus ojos grandes, enormes, azules como el cielo, se reflejaba ahora el mar también, el mar con todas sus inmensidades y sus lejanías, con todas sus honduras y sus inquietudes.

Cuando el barco hubo desaparecido, cuando ya estuvo convencida de que nada veía en el horizonte, sino la línea de lo infinito, se sentó en las escalerillas del cruceiro con un gesto de laxitud y de fatiga, y dijo, como si quisiera repetirse una y mil veces la frase para quedar más convencida de ella:

—Volverá... volverá... volverá... ¡Antonciño volverá!... ¡Tiene que volver!

Las otras rapazas la miraron sorprendidas. Ni Carmela ni Chiruca podían comprender el hondo amor que sentía Rosiña, y Carmela, con un gesto vago, replicó:

—Si mi Manucho no vuelve rico... que excuse de venir.

—Pues yo—añadió Chiruca—no espero arriba de dos meses... Mozos no faltan en la aldea.

—Y yo le esperaré, a pesar de todos y de todo—afirmó Rosiña con vehemencia—. Antonciño volverá; me lo ha jurado por la Virgen de Vilanova.

—Sueña... sueña... coitadiña...—rió Chiruca con aquella su ironía inconsciente—. Sueña, que te quedarás soltera después de tanto soñar.

—Yo le esperaré—dijo de nuevo Rosiña con firme resolución—. Le esperaré y sé que volverá...

Sus ojos se perdieron en una larga mirada llena de melancolía y esperanzas, en aquella lejana línea del horizonte por la que el barco que se llevaba a los mozos había desaparecido.

* * *

Ya no se divisaba tierra. El mar estaba tranquilo, sereno el cielo, el pasaje optimista. Hacía algunas horas que navegaban y ya comenzaban a mirarse con simpatía unos a otros aquellos pasajeros que tendrían que convivir entre sí durante los largos días de navegación.

Manucho, sentado en una silla extensible, dándose aires de gran señor, pero en realidad, sin saber muy bien qué era lo que debía hacer para estar en consonancia con todo el pasaje de primera, tomó una copa de whisky que le ofrecía el camarero y, al ir a servirse el sifón, lo hizo con tan mala suerte que salpicó de modo lamentable a su vecina de la derecha, una señora muy peripuesta que estaba leyendo con entusiasmo una novela detectivesca que absorbía toda su atención.

Al sentirse salpicada alzó la señora airadamente la vista y clavó sus pupilas en las de Manucho que dijo, azorado y queriendo reparar el mal que había hecho:

—Dispense, señora... no fué queriendo... Yo la limpiaré.

Y se apresuró a frotarla con su pañuelo en forma tan violenta que la señora sonrió y le dijo, un poco burlona y un poco comprensiva ante la cortedad y la falta de "maneras" del mozo:

—Caballero, está usted discul-

pado... y no hace falta que frote más... Pero para otra vez sepa que el sifón hay que apretarlo suavemente, con dulzura...

—Así lo haré, señora.

—Hay que saber viajar, señor mío, hay que saber viajar...

Interrumpió la conversación una muchacha pizpireta y traviesa que llegó acompañada de dos pollos que constantemente la rondaban y le hacían la corte. Era María Ester, que ya se había hecho amiga de doña Claudina, la del remoión, porque venían las dos desde Bilbao y ya parecía que se conocían de toda la vida.

—¡Ea, no quiero jugar más al tennis con vosotros, porque sois unos gansos! — exclamó Ester, dirigiéndose a los pollos-pera que iban tras ella.

—Propongo una partida de ping-pong—dijo uno de ellos.

—Pues yo propongo ir al bar a tomar un *whisky and soda*.

—Tomaremos el *whisky*, pero aquí, sobre cubierta. ¡Con el día tan bonito que hace! ¡Cualquiera se va a encerrar en el bar! ¿No es verdad, doña Claudina?... Yo me siento aquí, a su lado... ¿Qué, ya ha descubierto usted al criminal? —le preguntó, aludiendo a la novela que la señora estaba leyendo.

—Estoy a punto—replicó doña

Claudina con emoción—. ¡Es el cuarto drama policiaco que leo en la traviesa! No he dormido desde que salimos de Bilbao. Estas intrigas me apasionan de tal forma que me quitan el sueño... ¡Ay, lo que yo daría por encontrarme con uno de esos héroes de carne y hueso!

Manucho, por encima del hombro de doña Claudina, leyó el título de la novela: *La muerte asesinada o la voz de ultratumba*. Y tuvo un gesto de pánico ante aquel título; pero viendo que doña Claudina le volvía la espalda, desentendiéndose de él y entablando animada conversación con María Ester, Manucho caminó, alejándose de las damas, caminó con dificultad, porque el movimiento del barco le daba la sensación de que iba a caer a cada instante, o de que su propio peso, al marchar por sobre cubierta, había de hacer zozobrar al transatlántico.

Impresionado por el título de la novela, sintió un calofrío de terror cuando oyó, sin ver a nadie en torno suyo, una voz que le llamaba por su nombre:

—¡Manucho!... ¡Manucho!...

Hubiérase dicho que era la propia voz de ultratumba, porque llegaba apagada y profunda, como si viniera del más allá.

—¡Miña Nai do Carmen! —ex-

clamó Manucho haciendo rápidamente la señal de la cruz.

—¡Manucho, no te asustes! ¡Soy yo! —dijo de nuevo la voz.

—¡Pero si es la voz de Antonciño! —murmuró Manucho, reponiéndose y fijándose en el bote salvavidas que estaba a su lado y del cual partía la voz que le hablaba y que le había asustado.

—Manucho —dijo otra vez la voz de Antonciño—, por lo que más quieras en el mundo, tráeme algo de comer... Desde que salimos de Vilanova no he probado bocado.

—Pero... ¿qué haces ahí dentro?... ¿Cómo te atreviste a embarcar?

—No tenía dinero para el pasaje... ¡y yo también me quiero hacer rico, Manucho!

—¡Rico!... ¡Como te cojan, te van a tirar al agua! —exclamó Manucho, cada vez más preocupado—. No te muevas de ahí dentro... ¡Estáte ahí quietiño!... ¡Ay demo de rapaz, en qué lío me vas a meter si te descubren!

—No me abandones, Manucho —suplicó Antonciño con voz que imploraba piedad—. Y por tu madre no le digas a nadie que estoy aquí...

—No pases cuidado, que por mí nadie lo sabrá —aseguró Manucho, alejándose del bote por miedo a

que le sorprendieran hablando con Antonciño.

Volvió Manucho sobre sus pasos y fué a sentarse en su silla, junto a doña Claudina. Tenía cara de buena persona aquella doña Claudina, y como Manucho estaba sobre ascuas desde que había descubierto a Antonciño y no sabía qué hacer, ni a quién pedir auxilio, creyó lo más indicado hablar del caso a aquella señora que gustaba de las aventuras y de las novelas intrigantes.

—Doña Claudina... Doña Claudina—susurró Manucho al oído de la dama—. Si usted quisiera ayudarme...

—¿Ayudarle?... ¿De qué se trata?—preguntó la señora poniéndose en guardia.

—Se trata de un secreto muy importante...

—¡Oh, un secreto!... ¡Qué cosa más interesante!... Sin duda se trata de algún misterio de a bordo... Dígame, dígame... Me encantan las cosas misteriosas.

—Pero va a jurarme que se lo calla... que nadie lo va a saber.

—¡Ya lo creo!... ¡Guardaré el secreto bajo siete llaves!—afirmó doña Claudina con una seriedad que no dejaba lugar a dudas.

—¿Me da usted su palabra de

caballero? — preguntó Manucho, dándose las de hombre de mundo.

Doña Claudina asintió y escuchó la historia de labios de Manucho, que se la contó al oído, muy quedo, para que nadie pudiera enterarse de aquel gran secreto que confiaba a la dama únicamente para que le diera su consejo y le ayudara a sacar del apuro al pobre Antonciño, que estaba escondido en el bote número trece, a la derecha de la cubierta.

La campana anunció la hora de la cena. Sonaba con estrépito a lo largo de todas las cubiertas, agitada por la mano robusta del mozo del comedor, que iba diciendo:

—¡Comedor! ¡Comedor! ¡Comedor!...

Los pasajeros se pusieron en movimiento al oír el anuncio. Cada uno abandonó su silla y se dirigió a la puerta que conducía al gran comedor, separándose allí para ocupar cada uno la mesa que le estaba reservada.

Manucho comió solo, procurando apartar, cuando creía que nadie le observaba, parte de su ración para guardarla para su compatriota y amigo, que debía estar muerto de hambre en el bote número trece.

Al ir a cenar, y mientras se dirigía a su mesa, doña Claudina

decía a un matrimonio con el que iba hablando:

—Ya somos cuatro en el secreto... ¡Pero, por Dios, no lo digan a nadie!... ¡Nadie debe saberlo!... ¡Es un secreto!

—Pero, ¿en qué bote está? — preguntó él con curiosa impaciencia.

—En el número trece... Creo que es un joven guapísimo que se ha lanzado a esta aventura por amor. Hijo de unos nobles duques que se oponían a sus amores con una princesa destronada... — la imaginación de doña Claudina volaba.

—¡Oh, qué interesante!... — murmuró la dama—. ¡Como Capuletos y Montescos!... ¡Qué romántico!...

—Pero, por Dios... secreto riguroso... o nos lo tiran al agua—suplicó doña Claudina, que ya no podía pensar en sus novelas policíacas, porque encontraba mucho más interesante la aventura que estaba ocurriendo a bordo.

Antonciño, amparado por las sombras de la noche, fatigado por la postura incómoda en que había de estar metido dentro del bote, se atrevió a levantar un poco la lona que lo cubría y a mirar al cielo estrellado y maravilloso. Dió un suspiro. Miró en torno suyo. Allí, muy cerca de él, un perro magní-

fico estaba comiendo con santa filosofía un gran pedazo de carne. Antonciño le miró con codicia. Tenía un hambre tan aguda que no se daba cuenta ni de la belleza de la hora ni de la rutilante claridad de las estrellas: únicamente veía aquel enorme pedazo de carne que era devorado con lentitud por el perro, mucho más afortunado que él.

El mozo estuvo así algunos momentos, dudando, pero el hambre le acuciaba, y el hambre, el hambre, que se clavaba en el estómago y que domina todas las potencias del hombre, pudo más que toda reflexión. Miró en torno suyo, se cercioró de que nadie podía verle, saltó del bote y se acercó con cautela al perro, dispuesto a arrebatarle el pedazo de carne que el animalito devoraba. Pero cuando estuvo ya muy cerca, dióse cuenta el can de la celada que le tendían, y lanzó un ladrido potente y firme, como una señal de alarma, ladrido que despertó los ecos dormidos de la noche y sobresaltó al centinela que vigilaba la cubierta y que hizo sonar inmediatamente su silbato, porque vió la figura de Antonciño que trataba de esconderse, de pasar inadvertido, de huir.

Y hubo el grito de alarma:

—¡Polizón a bordo!... ¡Polizón a bordo!... ¡Polizón a bordo!...

El grito cundió pronto por todo el barco. La oficialidad, la marinería, los guardias, todo el mundo estuvo pronto en pie de guerra para la busca y captura de aquel polizón que, amparado por las sombras de la noche, se había escabullido entre ellos, sin que acertaran a encontrarle.

—¡Polizón a bordo!— iban repitiendo todas las bocas.

Y todo eran corridas, silbatos, búsquedas, mientras Antoncio, asustado, sin saber qué partido tomar, horrorizado ante la idea de ser detenido y devuelto a tierra después de una penosa travesía, corrió agazapándose a la sombra de los botes, cruzó rápido la cubierta, se metió por una puerta que encontró a su paso y se halló, sin darse él mismo cuenta, en el interior del barco, donde todavía era más peligrosa su presencia. ¿Qué hacer?... Desconocía el mozo los vericuetos del transatlántico. Le perseguían de cerca. Era preciso huir, a toda costa, de sus perseguidores, y sin tener noción exacta de dónde podía ocultarse, fué empujando las puertas de los camarotes hasta que encontró una que cedió, introduciéndose en él precipitadamente.

Dió un suspiro de satisfacción

y se quedó con el oído pegado a la puerta, escuchando por la rendija, para cerciorarse de que había despistado a sus perseguidores. Escuchó los pasos de la marinería y de los oficiales que iban y venían; oyó sus voces que comentaban; se convenció de que no le habían visto entrar allí, y se quedó tranquilo. Por el momento, el peligro estaba conjurado. Y se puso a devorar un servicio completo de te con leche y pastas.

En el comedor, la gente no se había enterado de lo ocurrido. Manucho seguía comiendo y seguía apartando disimuladamente algún bocado para llevarlo al bote número trece tan pronto como la cena hubiera terminado.

Las conversaciones iban girando en torno al mismo tema: el bote número trece. Se iba diciendo, en secreto, eso sí, de oído a oído, y el secreto iba corriendo por todo el pasaje, y doña Claufina era la heroína de aquel secreto, puesto que todo el mundo sabía que era ella quien había dado la noticia la primera.

—En el bote número trece — se decían al oído unos a otros.

—¿Haría el favor de decirme en qué bote está?

—En el número trece... Pero,

por Dios, no olvide la consigna... que no lo sepa nadie más...

Y aquella misma persona se volvía a otra y decía:

—En el bote número trece...

Y todos los comensales, disimuladamente, iban envolviendo en las servilletas de papel trozos de fiambre, de pollo, de pescado frito, de pan y lo escondían como si fuera un tesoro.

—¡Las cosas de la vida!—exclamó un señor calvo y grueso escondiendo bajo su smoking una botella de jerez—. ¡Un noble muerto de hambre en el bote número trece!...

—No lo sabe nadie más que nosotras — comentaba una dama, mientras envolvía unas frutas en su chal—. Es un secreto impenetrable... pero está en el bote número trece.

—Reserva absoluta... se lo digo a usted en confianza — añadió otra dama al oído de un caballero. —Guárdeme el secreto... El polizón está en el bote número trece.

Terminada la cena, todos fueron subiendo a cubierta. Doña Claudina y Manucho fueron los primeros. Y fueron los que pudieron escuchar, con el consiguiente asombro, cómo un oficial del barco se acercaba al capitán y le decía:

—Mi capitán, todavía no hemos podido dar con ese pájaro...

—¡Tiene que aparecer en seguida! Que revisen las cubiertas, los pasillos, los camarotes... Ha de estar en el barco... No se ha arrojado al agua... En cuanto den con él, que lo suban en seguida al puente.

—Dígame, capitán, caso de encontrarlo... ¿qué le harían ustedes? —preguntó doña Claudina, apenada por el giro que tomaba la aventura.

—Primero le daríamos una grunpaliza, como escarmiento... y luego le devolveríamos a su procedencia paleando carbón en las calderas.

—¡Qué horror! ¡El hijo de unos príncipes con una pala en la mano!—exclamó la señora apartándose horrorizada.

Manucho, caminando muy lentamente, como si estuviera muy distraído, paseando con disimulo, fué acercándose al bote número trece, miró en torno suyo, alzó la lona con sumo tiento y dejó caer dentro del bote el paquete que había recogido en el comedor.

Luego, con una voz queda, emocionada, suave, dijo:

—¡Hasta mañana, santísimo!...

Y se alejó lentamente, siguiendo el mismo paso cansino, para disimular mejor, convencido de que nadie le había visto, de que nadie

sabía que en el bote número trece estaba su amigo, de que nadie vendría a traerle, como él lo había hecho, un poco de comida que mitigara su hambre.

Pero tras él fueron desfilando todos los pasajeros de primera clase: uno le traía una botella de vino; otro unos bollos; otro unos fiambres. Iban pasando uno a uno, desentendiéndose los unos de los otros, depositando en el bote el pequeño obsequio que habían reservado para el "polizón". Allí quedaron todos los obsequios. Hasta un enorme turco, alto y grueso como una torre, fué a depositar en el bote número trece un paquete de puros. Y una señora un racimo de plátanos. Y un matrimonio que iba con un nene de corta edad hicieron que el niño echara también en el bote, como si fuera una mascota y tuvieran que contentarla para que les diera buena travesía, el paquete que habían reservado para el polizón.

—¿Ha dicho usted que estaba en el trece?—preguntó un pasajero que estaba borracho como una cuba a Manucho, que le había hablado al oído hacía pocos momentos.

—Sí, en el trece...

El borracho quiso llevar hasta el bote alguna copa de Martini, pe-

ro reincidió por tres veces, porque el líquido caía al suelo en los traspies que daba.

Doña Claudina, cumplida su misión de llevar al "polizón" cuanto pudo recoger, y después de haber visto con satisfacción que todos los pasajeros habían seguido su ejemplo, bajó al camarote y se sentó frente al tocador para componerse un poco y subir de nuevo a cubierta. Se acicalaba con cuidado cuando sonó el teléfono. Contestó rápida:

—¡Ah, es usted, doña Cayetana!... Sí, sí, le han dicho bien... es el número trece, a la derecha de la cubierta...

—Me han dicho que si dan con él le arrojarán al agua—dijo la voz que hablaba a través del hilo. —Figúrese qué horror, con lo fría que debe estar el agua y la cantidad de tiburones que debe seguirnos...

—¡Qué espanto!—suspiró doña Claudina—. Hoy mismo empiezo la colecta pro "polizón"... ¿Le parece a usted una idea magnífica?... Sí, sí, yo también creo dará muy buen resultado entre las gentes pudientes... ¿Cómo dice?... ¿Que la apunte a usted con tres pesetas?... ¡Oh, cuánta generosidad!... Estoy contenta de mi campaña. Todo el mundo ha respondido a ella, sí, todo



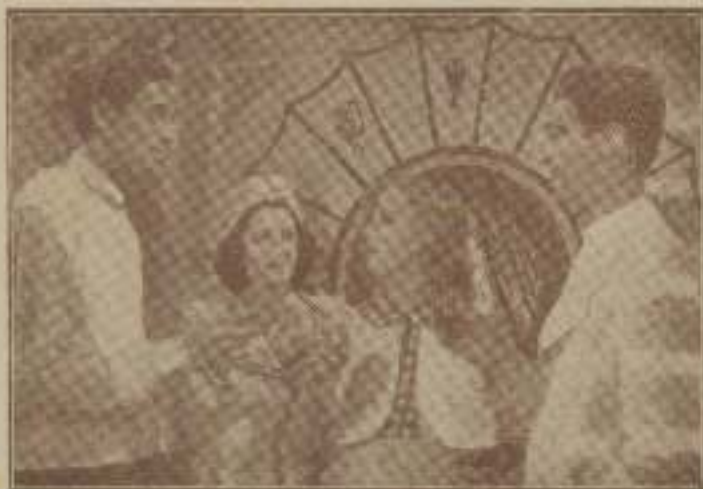
—¿Y no me marcó, don Jozualfo?



Y se puso a devorar un servicio completo de té con leche...



—Yo sé seguro que es usted hijo de un duque.



—¡Por la Tierra Meigol!



—Pero espera, mujer, no tengo prisa.



—¿don Poncho; el de Cervat, le espera abajo.



—¿Quién te parece más guapo y más elegante, don Javier o yo?



—¿Y de la pequeña, no dice nada?



—¿Por qué no hacemos un restaurante de noche para la gente de dinero?



Ella había hecho famoso el "Polizón-Bar-Restaurante".



—Poca suerte tuviste, rapaz. Pero en mí masa siempre habrá un
 sitio para ti.



—Yo sólo te quiero a ti, a ti tal como eres, sin lujos ni riquezas.



—se celebră în acestu



—Cinci mii ducă mări



—(Adiós, señora de la Casa Grande)



—(Cómo iba a abandonar a mi polizón)

el mundo... Yo misma he visto que le llevaban botes de leche condensada, bocadillos de hambre, huevos cocidos, mermeladas plátanos... hasta *foie-gras* y caviar... ¡Ay, pobrecillo, por lo menos comerá bien!

Oculto entre las ropas que colgaban de la percha, Antonciño escuchaba aquella conversación y el hambre se le agudizaba... Mientras habían ido a depositar todo aquel tesoro al bote número trece, él estaba allí, en el camarote de una señora, muerto de pánico y sin saber en qué pararía aquella aventura a la que se había lanzado impremeditadamente, queriendo llegar a ser algo en la vida, ansioso de poder volver a su tierra, pasados unos años, para ofrecerle a Rosina el producto de su trabajo... ¡Y si ahora fueran a tirarle al agua! ¡Y si se moría de hambre en el barco, antes de pisar la bendita tierra de promisión!...

Doña Claudina terminó su conversación telefónica, dejó el aparato, volvió a mirarse al espejo y llamó a su perrillo faldero para que la siguiera y volver los dos juntos a cubierta a gozar de la maravilla de la noche marítima.

—Vamos, "Wisky", vamos... — le dijo, llamándolo con voz tierna.

Pero el falderillo estaba muy atareado olfateando los pantalones

de Antonciño, haciéndole cosquillas en las piernas con la lengua.

—Vamos, "Wisky"... — volvió a decir doña Claudina. Y de pronto se dió cuenta de que bajo sus vestidos asomaban unos zapatonitos toscos que le llamaron la atención.

—Pero... ¿qué es esto?... ¡Si esos zapatos no son míos!... — exclamó—. ¡Santo Dios!... ¡Y se mueven!... ¡Qué aventura!... ¡Ha entrado un ladrón en mi cuarto! —gritó amedrontada y jubilosa, porque a doña Claudina todo lo que fuera un suceso extraordinario la sacaba de sus casillas y la llenaba de entusiasmo.

Antonciño salió de su escondite con un aire tímido, modesto, sencillo, que estaba muy lejos de ser la actitud del ladrón, del vampiro, del secuestrador que doña Claudina se imaginaba.

—¡Perdón, señora!... ¡Cálmese, se lo pido!... Por lo que más ame en este mundo, no me descubra usted... M-I

Doña Claudina le miró detenidamente y le preguntó, serenándose ante el aspecto dulce del mozo:

—Pero, ¿quién es usted?...

—Señora... tenga piedad de mí. Si me descubren me echarán al agua... ¡Me escapé del bote! —suspiró Antonciño, que, como había escuchado la conversación de doña

Claudina con su amiga, estaba muy esperanzado de encontrar en aquella buena señora una aliada y una ayuda poderosa.

—Entonces... ¿usted es el "polizón"?... ¿El del bote número trece?—preguntó doña Claudina, un poco decepcionada, porque el príncipe de sus sueños no se ajustaba bien al modelo que tenía frente a sí—. ¡Caray, hombre, qué susto me ha dado usted!... ¡Haberlo dicho en seguida!... Si yo siento una debilidad especial por el "polizón". ¡Cuánto placer en conocerle! Siéntese, siéntese, está usted en su casa.

—Señora... yo... —balbuceó Antoncillo aturrido y desconcertado.

Doña Claudina le miraba y sonreía. Comenzaba a encontrar en el "polizón" los rasgos que ella imaginaba, y acercándose a él, le dijo con un gesto gracioso:

—¡Qué mono es!... No puede negar que es hijo de un duque... ¡No me diga que no! ¡No me diga que no!... Yo sé seguro que es usted hijo de un duque...

Unos golpes dados en la puerta interrumpieron las palabras de doña Claudina, que preguntó en voz alta:

—¿Quién es?

—Perdón, señora — contestaron desde el pasillo —. Hay un "poli-

zón" a bordo y tenemos orden de registrar todos los camarotes.

—¡Atiza!— exclamó doña Claudina, no pudiendo reprimir la exclamación.

—¿Cómo?... ¿Qué decía usted, señora?—preguntó el de fuera.

—No he dicho nada.

—Me pareció que había usted dicho... "¡atiza!"—replicó el que hablaba detrás de la puerta.

—¿Y qué?—replicó doña Claudina, decidida a defender a su "polizón" por encima de todas las autoridades del barco—. He dicho "atiza", sí, señor... ¿Es que una señora que viaja en primera no puede decir "atiza"?

Doña Claudina sacó de su cartera un billete de cinco dólares, entreabrió ligeramente la puerta, hizo un expresivo gesto al que la había interpelado y le alargó la cantidad. El hombre vaciló un momento, sonrió, pensó para su colete quién sabe qué historias de amores que se estarían desarrollando en el camarote de aquella dama, guardó el dinero en su bolsillo y haciendo un profunda reverencia, se retiró.

Doña Claudina dió un hondo suspiro de alivio, miró a Antoncillo con mirada maternal y cariñosa y le dijo:

—Ya no tiene usted que temer nada... Desde este momento está ba-

jo mi protección. Tengo la seguridad de que en toda la travesía no será descubierta su presencia en mi camarote.

En efecto, desde aquel momento Antonciño sintió la protección y el amparo de doña Claudina. Todo el pasaje se interesaba por el "polizón". Todas las señoras trabajaban para él, haciéndole prendas de uso personal. Muchas habían pedido autógrafos del desconocido y doña Claudina era feliz pudiendo atender a cuantos le pedían informes del mozo que ella había escondido en su camarote y que le parecía como si fuera un hijo suyo.

—¡Muy pronto voy a terminar el jersey!... ¡Qué hombros tan anchos tiene nuestro "polizón"! — exclamó la que estaba tricoteando con febril actividad en un jersey para Antonciño, midiendo la espalda—. ¡Debe tener una magnífica figura ese hombre!

—A mí me ha dedicado una frase preciosa, que ha escrito en mi álbum—dijo otra, leyendo en alta voz del álbum que acababa de entregarle doña Claudina—: "A sus buenas protectoras. Con todo su corazón. Les dedica estos renglones muy agradecido y eternecido. El "Polizón".

—¡Qué romántico!... ¡Qué bella expresión! — exclamaron las seño-

ras que habían escuchado aquellas palabras.

—Se las he dictado yo— dijo doña Claudina con orgullo.

—Ya me parecía que ese pobrecito no era tan cursi — murmuró una de las del grupo, mientras doña Claudina marchaba con aire de suficiencia hacia el bar.

Pocos días después y pocas horas antes de llegar a tierra, a la meta de aquel viaje emprendido con tantas ilusiones y tantas fantasías, doña Claudina reunió en su camarote a los más íntimos para que conocieran a su "polizón" y pudieran despedirse de él. Antonciño estaba transformado. Se había vestido con todas las prendas que los pasajeros le habían ido mandando y presentaba el más abigarrado conjunto de telas y colores. Miraba a todos con sus ojos húmedos de agradecimiento y sonreía a doña Claudina, a la que ya se había acostumbrado a tratar como a una madre.

—Señoras, faltan sólo unas horas para ver tierra — dijo doña Claudina—. Y debemos festejar a nuestro huésped, a nuestro amigo, al hombre que ha sabido burlar la vigilancia durante tantos días y que ha sabido hacerse querer de todo el mundo sin que nadie le conociera.

—Invito al penúltimo cocktail—
dijo María Ester, mirando a los dos
pollos que siempre la seguían.

—Será un cocktail de champaña
para brindar por nuestro "polizón"
—dijo doña Claudina.

—¡Formidable!

—¡Magnífico! — asintieron to-
dos.

Manucho se acercó a su amigo,
le puso una mano sobre el hombro
y le dijo con cariño:

—Antoncito, vamos a beber
juntos una copa... Toma... Dentro
de unos momentos estaremos en tie-
rra firme... ¡Brindemos por nuestra
buena suerte!

—Un sueño me va a parecer—
—murmuró Antoncino, un poco au-
sente.

—¡Pero no tendrás queja de la
travesía, rapaz!

—Tuve suerte... Todos fuisteis
muy buenos para mí.

—Pues, ¡hala! Vamos a brindar
por América... la tierra que nos es-
pera...

Antoncino bebió un sorbo, se
quedó con los ojos vagando a lo
lejos y una nube de melancolía le
cubrió el rostro.

—Pero, ¿por qué te pones tris-
te?—le preguntó Manucho.

—Es que me acuerdo de otra
tierra... la nuestra... ¡la que deja-
mos tan lejos!...

Manucho alzó la copa y dijo,
con un grito salido de su alma:

—¡Por la Tierra Meiga!

—¡Por la Tierra Meiga! —re-
plicó Antoncino apurando el vaso
de un solo trago.

En la *terriña meiga*, la vida se
iba deslizándose día a día, hora a
hora, en la terrible lentitud de la
quieta e inmutable marcha del
tiempo.

En Vilanova ya no se hablaba
de los mozos que partieron. Sólo
los grandes ojos de Rosiña lloraban
de vez en cuando, en cuanto podía
estar sola y dar rienda suelta a su
pena, la ausencia del que se mar-
chó tan lejos y la había dejado so-
la, infinitamente sola con su dolor
y su nostalgia.

En la "Casa Grande", Javier,
instalado en ella como el amo, se
apesadumbraba de la mala marcha
de los negocios, convenciéndose ca-
da vez más de que el padrino no
había llevado una contabilidad de-
masiada cuidadosa y de que los al-
deanos, junto con aquel ladino ad-
ministrador que era Rogelio, habían
hecho de la hacienda lo que mejor
les había venido en gana.

Javier quería poner remedio a
aquel mal demasiado grande y de-

masiado antiguo, pero se encontraba con la resistencia pasiva de Rogelio y de los aparceros que no querían cumplir las órdenes del nuevo amo.

—Pues no hay más remedio que subir esas rentas—decía Javier aquella mañana, sentado ante la mesa de su despacho, hablando con cuatro aldeanos que habían venido a pagar la aparcería.

—No podremos pagarlas... El señorito no vió cómo están aquellas casas... No le podemos pagar más.

—Somos pobriños, señorito... y este año hubo mala cosecha... No se puede sacar de donde no hay.

—Pues vosotros veréis lo que hay que hacer, pero yo quiero que me rindan más mis tierras, porque ellas pueden rendir si las trabajáis con amor.

—Si mi opinión vale—dijo Rogelio, que había permanecido callado hasta entonces—, podría usted recorrer las fincas a caballo... Ahora que... no crea usted tanto en la pobreza de éstos!... ¡Son más ladinos!... El que menos tiene tres vacas y un peto grande y el hórreo cargado de grano.

—No diga eso, don Rogelio—murmuró uno de los aldeanos.

—No lo dice de buena fe—añadió el otro, rascándose la cabeza.

En aquel momento distrajerón la atención de Javier los repetidos bocinazos de un auto que se acababa de parar frente al portalón de la "Casa Grande". Asomóse Javier a la ventana e hizo un gesto de disgusto:

—Rogelio, diga a esos señores que no estoy—dijo dirigiéndose a su administrador; pero luego, pensándolo mejor, dijo—: ¡No, déjelo!... Que pasen... ¡Qué le vamos a hacer!

Entraron en el zaguán, atropelladamente, los ocupantes del coche: Tito primero, en seguida Marita; luego Manolo y Piluchi.

—¡Javierito!... ¡Lo que nos ha costado dar contigo!... ¡Pero si te has venido a vivir a una arruguita de la tierra que no se encuentra en ningún mapa!...

Javier saludó con frialdad a Tito, cogió las dos manos de Marita y le dijo, sin gran entusiasmo:

—¡Mujer, podías haber avisado!

—¡Ca, hombre, había que cogerte en tu propia salsa!—rió Manolo—. El caso era sorprenderte... por si hubiera gato encerrado... ¡Buena tienes a Marita de celos!... ¡Está que muerde!

—¡Estúpido!—exclamó Marita, dándole una mirada aviesa.

—Ahora, lo importante es saber

dónde nos alojamos—dijo Manolo.

—Y conocer las existencias de whisky—agregó Tito.

—A mí me encanta esta tierra, Javier—dijo Pilar, que todavía no había desplegado los labios—. Me voy a pasar aquí todo el invierno...

Todos celebraron la ocurrencia con risas.

—¿Y sabes que vives como un príncipe? —añadió, contemplando admirada el gran zaguán señorial y aristocrático—. ¡Mira que si tuvieras esta casa en la calle de Alcalá!

—Bien, pasad por aquí... Os voy a dar un vituito que tiene sesenta años—dijo Javier, haciéndoles pasar al comedor.

Sabela había estado siagoneando desde la puerta de la cocina todo lo que ocurría en el zaguán, y al oír la frase del señorito Javier, se volvió hacia Rosa, que estaba lavando los platos, indiferente a todo, ausente, lejana, como si sólo su cuerpo estuviera allí, moviéndose por algún complicado mecanismo automático, y le gritó, como si la chica fuera sorda:

—Anda, corre, ponte bien arreglada, que han llegado gentes forasteras de los Madriles y que ya sabes que al señorito le gusta que cuidemos eso.

—Sí, señora—contestó Rosa sin moverse.

—Pero, date prisa... A ver cómo te espabilas... Anda corriendo...

Rogelio, entretanto, despedía a los aldeanos:

—Ya veis, ha venido gente de Madrid y el señorito no está hoy para vosotros. Si queréis un consejo, volved otro día... Hoy no está don Javier para música de rentas.

—Es que hemos andado siete leguas para venir desde nuestra casa. Y éste dejó a su mujer dando a luz para venir hasta aquí...

—A la mujer y a la vaca, que también está fuera de cuenta —ampliò el aludido.

—Pues mal asunto si queréis liquidar hoy... ¡Hala! Marchaos, no sea que os lo tenga que decir de otro modo...

—¡Otra cosa sería si viviera el viejo Mourente!... Nunca tuvo un no para ninguno de sus aparecidos.

—¡Rogelio, Rogelio! —gritó la voz de Javier—. Que nos suban unas lonjas de jamón y embutidos y preparad habitaciones para cinco. ¡Y una botella de las del estante de arriba!... ¡Pronto!

Toda la casa se puso en movimiento. Sabela acudía a todo, preparando las cosas tal y como le gustaban al señorito Javier, y Rosiña salió apresuradamente a comprar unas pastas a la confitería.

—Doña Remedios—dijo entran-

do en la tienda y saludando a la pastelera—. ¿Me va a servir prontito? Dos docenas de pastas y dos de almendrados.

—Ahora te los llevas... ¡Carmela, ayuda aquí, anda!—gritó a la moza, que estaba sirviendo a otro parroquiano.

—¿Qué, han llegado forasteros a la "Casa Grande"?—preguntó el cliente a Rosiña, mirándola con unos ojos libidinosos y llenos de lujuria.

—Sí, señor—replicó la moza sin mirarle, afanada en que le sirvieran las mejores pastas.

—Parece gente de mucho viso—comentó Remedios—. Bien se ve que el señorito se roza con lo mejor de Madrid.

—¡Ya lo creo que debe tener gusto el señorito!... ¡Hasta para la servidumbre! ¡Guspa rapaza, guapa!—exclamó el parroquiano, que tenía cara de sátiro y que iba vestido con las ropas de un aldeano acomodado—. ¿Y queda en casa el señorito Javier?

—Sí, señor, queda—replicó Rosiña tímida y cortada.

—Bien, ahora iré para allá... Y a ver si se te quita un poco la cortedad, que eres muy linda y no debes tenerme miedo...

—¡Ay, don Pancho!—rió la Remedios mientras envolvía las pastas

que había pedido Rosa—. No tiene usted arreglo... Claro que no hay mejor mozo que usted en cien leguas a la redonda. Toma, Rosiña, y que les aproveche a las señoras...

—Gracias, doña Remedios. Hasta luego—contestó Rosa saliendo rápidamente de la tienda.

—Bueno, ahora déjese de zalamerías y a ver qué pasa con estos recibos que tenemos pendientes—dijo Pancho, cuando volvió a quedar solo en la tienda.

—¿Y qué va a pasar? Verá qué pronto le compro esta casa entera.

Rióse Pancho con una gran risotada insolente y Carmela, ofendida, le dijo:

—Ríase todo lo que quiera, pero mi Manucho va a traer más dinero que nadie y podremos comprar medio pueblo cuando él llegue de América.

—¡Tu Manucho!... ¡De aquí que vuelva!

Pancho salió de la tienda y se encaminó a la casa grande. Javier estaba en el salón con sus amigos y charlaba animadamente con Marita que le había hecho una escena de celos y que ahora se componía el peinado ante el espejo.

—No tienes derecho a quejarte de nada—le decía Javier—. Además, yo pensaba estar en Madrid dentro de ocho días...

—¡Sí... y que me lo crea!... ¡Lo que pasa es que desde que heredaste tienes un orgullo!...

—Sí, sí, ¡pues vaya una herencia!—rió Javier pensando en todas sus deudas.

—No seas hipócrita... Se te calcula en tres millones lo que has heredado.

—¡Tres millones! ¡Qué barbaridad! ¡Cómo inventa la gente!... Eso creía yo y sólo me han quedado deudas e hipotecas.

—¿Es posible? Tú me engañas—dijo Marita mirando fijamente a Javier, para descubrir la verdad en sus ojos.

—Dentro de poco tendré que hacer equilibrios para vivir de las fincas heredadas. Por eso tengo que quedarme...

Rosifia había entrado en el salón con la bandeja de almendrados en la mano, que dejó sobre la mesa. Iba muy arregladita, muy coqueta, muy compuesta, pero sus ojos no se fijaron en nada, porque estaban siempre clavados en el suelo, como si nada de lo que estuviera a su alrededor pudiera importarle. Chiruca la seguía con la bandeja de copas y la botella de vino, pero los invitados se fijaron pura y exclusivamente en aquella mocita rubia, fina, distinguida, de enormes ojazos meditativos, que parecía una

princesa escapada de un libro de cuentos de hadas.

Marita y Javier seguían hablando.

—No me mientas—dijo Marita al ver a la lindísima moza—. ¿Te crees que soy tonta?... Tú tienes aquí una aventura... Tú eres muy faldero, Javier, y si no te retuvieran unas faldas, ya volverías a estar en Madrid.

—Te juro que...

—¡Chico, pero es imponente!—exclamó Tito en aquel momento, cuando Rosifia hubo desaparecido después de haber cumplido su trabajo.

—¿Quién?—preguntó Javier con inocencia, porque en realidad no se había dado cuenta de la admiración que entre sus amigos había despertado la moza.

—¡Vamos, que no lo sabes tú!...

—Palabra... no sé de qué me hablas.

—De la doncellita, hombre—dijo Marita, subrayando mucho sus palabras.

—¿Quién, Rosifia?... Pues no me había fijado.

Todos soltaron una carcajada espontánea y cada uno puso su irónico comentario:

—Menudo eres tú...

—¡Mira el inocente!

—Pobriño... ¡fijarse él en una flor del campo!... ¡Quita allá!...

—Os aseguro que...—afirmó Javier, atónito ante aquellas insinuaciones.

—¿Me dejas que la barbillee?—preguntó Tito dándoselas de majo.

—Si ella se deja—replicó Javier encogiéndose de hombros. Pero en seguida añadió—: Pero acuérdate de que estás en mi casa...

—¿Lo veis?... ¡Ya sale el caballero en defensa de su dama!

—¡Qué calladito te lo tenías!

—Te conozco bien, Javier—dijo Marita con ira—. Eres capaz de hacer el amor hasta a la más vulgar de las maritornes.

—¡Anda, Marita lo ha tomado en serio!—rió Manolo, viendo la cara de enojo y de pena de Marita. —¡Pero si todo es broma, mujer!

—¡No me vuelvas loco, Marita!—insistió Javier—. Te aseguro que antes de un mes estoy en Madrid a tu lado...

—Lo mismo dijiste cuando te marchaste a París y tardaste ocho meses en volver.

—Es que estaba cerrada la frontera—rió Javier, queriendo llevar al terreno humorístico aquella conversación.

Todos rieron con grandes carcajadas, mientras abajo, en el zaguán, Rosiña volvía a encontrarse

frente a aquel hombre cincuentón que la había galanteado en la confitería y que la miraba con unos ojos que le daban miedo.

—¡Hola, guapiña!—le dijo Pancho acariciándole el rostro con su manaza de oso—. Avias a don Javier.

—Ahora mismo, señor—replicó Rosa, queriendo huir rápida del lado de aquel hombre que le daba miedo.

—Pero espera, mujer, no tengo prisa. Es extraño que no te hubiera visto aquí antes de ahora... ¿Hace mucho tiempo que estás en la casa?

—Siempre, señor... Mis tíos son los caseros.

—¡Ah!... ¿Eres sobrina de Rogelio? Nunca me dijo que tuviera una sobrina tan guapa.

—Voy a avisar al señor... Espere un momento—replicó Rosiña escabulléndose ligera, asustada por las miradas de Pancho.

Y cuando pasó junto a Córaca, preguntóle:

—¿Quién es este hombre?

—¿No le conoces? Es Pancho, el de Cervás...

—¡Pancho el de Cervás!—repitió Rosiña como si hubiera esnuchado una maldición—. Oí hablar de él.

—Como ponga los ojos en ti no te arriendo la ganancia.

Rosiña subió al salón de nuevo, se acercó a Javier y le dijo:

—Señorito, don Pancho, el de Cervás, le espera abajo.

—¡Ah, está ahí Pancho!... Perdonadme un momento... Asunto de negocios, ¿sabéis?—dijo a sus amigos, encaminándose a la puerta, seguido de Rosiña, pero Tito detuvo a ésta:

—Espera un momento... Ven aquí, muchacha. Tienes una trenza muy bonita.

—Se agradece, señorito—replicó la moza, roja de vergüenza.

—Vamos a ver—siguió diciéndole Tito, que tenía ganas de embromar a la moza—. ¿Quién te parece más guapo y más elegante, don Javier o yo?

Rosiña, ante la risa que despertó aquella pregunta, muy azorada y nerviosa intentó salir de nuevo del salón, pero Tito la cogió por un brazo y la detuvo.

—Pero no te escapes, mujer... ¿Tengo yo cara de ogro?

—No, señor, pero suéltame... no me sujete...

Y forcejeando, logró desasirse de él y salió presurosa al pasillo. Tito la siguió. No podía soportar aquel desplante delante de las chicas de Madrid, y fué tras de Rosiña cogiéndola en medio del pasillo,

abrazándola fuertemente, en una acometida salvaje de desco.

Rosiña, sin pensarlo un instante, dió una terrible bofetada al que la retenía en sus brazos y salió corriendo, llorando desconsolada por aquel insulto, por aquella bajeza, por aquella humillación inferida por el señorito.

Javier, que se hallaba con Pancho, pidiéndole dinero en préstamo, a cuenta de las pocas tierras que le quedaban, oyó desde el zaguán la bofetada y subió corriendo, encontrando a Rosa que lloraba amargamente.

—¿Qué te pasa, Rosiña? — le preguntó con acento cariñoso.

—Nada, señorito—replicó ella, no queriendo confesar la verdad.

—Ven acá y dime lo que ha ocurrido... He oído el bofetón... No tienes que explicarme más...

Entró furioso en el salón, se encaró con Tito y le dijo:

—¿Por qué has hecho eso, Tito?

—Nada, hombre, si no ha sido nada... ¡Una broma! Estas gallegas no tienen correa.

—Pero tienen, en cambio, todo lo que os falta a vosotros: vergüenza y pudor...

—Oye, niño, que si lo dices por nosotras... — interrumpió Marita, airada.

—Ya está dicho... Que cada uno

se tome la parte que crea le corresponde.

—¡Oh, esto es intolerable! ¡Vámonos de aquí!

—No, señoritos, no se marchen—imploró Rosa que había escuchado la conversación—. No les deje usted marchar, señor... El señorito no tuvo la culpa. La tengo yo, que soy una tonta... y es que las chicas de los pueblos no sabemos de bromas... No se vayan, señorita... perdonen ustedes—suplicaba Rosa, llorando, porque tenía el escándalo que habría en el pueblo.

—Yo también os suplico que no os vayáis y que todo esto quede entre nosotros—añadió Javier mirando a sus amigos—. Quedaos aunque sólo sea esta noche... Mañana podréis regresar a Madrid. En Madrid encontraréis siempre mozas que sabrán comprender esas bromas...

* * *

Le mostraron cómo debía servirse una mesa, le enseñaron el modo de coger la bandeja, de acercarse al cliente, de inclinarse con respeto, de colocar el servicio sin molestar, y entonces tuvo él que practicarse en aquel arte tan difícil y delicado. Antonciño ponía todo su empeño en aprender. Entró en el café como

simple lavaplatos, pero él tenía otras aspiraciones. Si pudiera hacer de camarero tendría buenas propinas, conocería gente, podría alternar... ¡quién sabe! En su imaginación se veía ya dueño de un restaurante a la moda mientras iba con la bandeja en la mano, sin lograr que se estuvieran quietos los vasos en su sitio.

Manuel, el amo del café donde Antonciño fregaba los platos, de aquel café de negros donde se escuchaban constantemente los acordes de una música bárbara y se bailaba la rumba a todas horas, tenía buen afecto al gallego, que trabajaba con buena voluntad y con entusiasmo, y, cuando la clientela había dejado vacío el local, o aprovechando un momento, llamaba a Antonciño y le decía:

—Toma la bandeja... ¡Con la izquierda, hombre, con la izquierda!... La derecha la has de tener libre para colocar el servicio.

Antonciño se ensayaba con entusiasmo. Iba y venía de una mesa a otra, precipitándose, acudiendo a todos, como si en realidad los imaginarios clientes sólo le llamaran a él. De vez en cuando se olvidaba de que la mano derecha no debía sostener nunca la bandeja, y la volvía a tomar con aquella mano, pero Manuel le avisaba:

—Con la izquierda... Con la izquierda...

Aquella noche el ensayo marchaba bastante bien, cuando de pronto se oyó un gran ruido de cristales y loza que se estrellaba contra el suelo. El patrón se volvió hacia Antonciño creyendo que acababa de cometer un desaguisado, pero se encontró con que el mozo estaba muy arrogante, mostrando la bandeja intachable en su mano izquierda y sonriendo satisfecho de no ser el causante de aquel desastre.

El que había roto todo un servicio era Juan, el camarero, que contemplaba los restos de los vasos y tazas con un aspecto lamentable. Manuel llamó a Antonciño y le dijo:

—Toma la bandeja y pasa a sustituir a ese bruto.

—¿Entonces, ya soy camarero?

—preguntó Antonciño lleno de júbilo— ¡Gracias, patrón, gracias!

Y rápidamente, con la bandeja en la mano, salió al salón a servir a los clientes de verdad, mientras Juan pasaba a ocupar su puesto de lavaplatos en el fregadero de la cocina.

Por la noche, cuando se recogieron al dormitorio que en el mismo café tenían los empleados, una amplia habitación llena de camastros, que daba la sensación de un cama-

rote de tercera clase de un viejo trasatlántico, Antonciño, que dormía encima mismo del camastρόn de Juan, le preguntó cuando le vió llegar:

—¿No me guarda rencor, señor Juan? Yo no tuve la culpa...

—¿De qué? ¿De que te dieran mi plaza? ¡Santiño!—exclamó Juan que era también gallego y que consolaba sus morriñas y sus saudades hablando de su tierra con su paisano, al que tenía gran cariño—. ¡Tú qué vas a tener la culpa! Fui yo, yo solo el que la tuvo... Había bebido un poco, ¿sabes? Estaba contento, y bebí... Hacía un año que no tenía carta de la tierra y hoy tuve una carta, larga, larga... Y bebí de tanta alegría como me dió...

—¿Tuvo carta?... ¿Y qué le dicen?

—No lo sé...

—¿Y luego, no la ha leído?

—¡Ay, leerla!... Yo bien quisiera, pero no sé leer... Siempre trabajando en la tierra, ¿sabes?

—Démela, a ver si yo la leo—dijo Antonciño, tomando la carta.

Comenzó a leer para sí y su rostro se fué quedando pálido y lleno de pesares. La carta, entre otras cosas, decía:

"...y fueron inútiles médicos y medicinas para salvarla. El día siete de este mes quiso Dios llevarse-

nos a nuestra hijita. Murió nombrándote. No sabes con qué dolor te escribo estas líneas...”

Antonciño dejó de ver lo que leía, las lágrimas le nublaban los ojos, pero hizo un esfuerzo para dominarse y miró a Juan con una mirada de simpatía, de cariño, de ternura, que el otro no supo descifrar.

—¿Qué me dicen? — preguntó Juan, viendo que Antonciño callaba.

Y Antonciño, piadosamente, le mintió, mientras, contrastando con su pena, un negro tocaba una guajira al acordeón:

—Es de su mujer y dice que todo anda muy bien por allá.

—¿Y de la pequeña, no dice nada?... ¡Siempre fué tan delicaducha!

—De la pequeña dice que... que ya está mejor, que está muy bien, que no pase pena por ellas y que esté alegre...

—¡La filliña d'o meu cor!... Mañana le giraré unos pesos para que se compren trajes. La romería es el mes que viene y quiero que mi hijiña vaya muy linda.

Juan, rendido por la fatiga, y arrullado por aquellas noticias que le venían de lejos, se durmió pronto, apaciblemente, feliz en su desconocimiento absoluto de la desgracia que había enlutado su hogar, en tanto Antonciño, sentado en el bor-

de de su camastrón, escribía, mientras las lágrimas le rodaban sin recato por las mejillas:

“Querida Rosiña: ¡Ya soy camarero y tengo ahorrados cien pesos! ¿Quiera Dios que tú estés bien y que te acuerdes de mí!...”

Era aquella carta una de las muchísimas que Antonciño escribiera a Rosa desde que llegó a la isla de Cuba. Nunca había tenido contestación, pero pensaba el mozo que Galicia estaba lejos, muy lejos, y que las cartas habían de correr muchas leguas de mar para llegar a él, y no desesperaba de recibir alguna, algún día... ¡Mientras no le trajera noticias negras como las que Juan acababa de recibir!...

Las cartas que llegaban a la “Casa Grande” para Rosiña eran sistemáticamente interceptadas por Rogelio, que las arrojaba a las llamas devoradoras para que no quedaran de ellas ni la ceniza.

—Los asuntos de allá no nos importan—decía a su mujer cuando ésta, un poco piadosa, le preguntaba si no estaría mal hecho aquello que estaban haciendo con la moza. —Lo que nos importa son los asuntos de aquí... El señorito Javier no puede ya con la “Casa Grande”, gasta demasiado dinero... Ya verás tú cómo Pancho, el de Cervás, se queda con ella... Y si nuestra Ro-

siña no sabe nada del que se marchó... ¡Quién sabe... quién sabe qué espléndida vejez se nos espera!

Rosiña sufría en silencio, sin contar a nadie sus penas. No comprendía por qué Antonciño no escribía. No acertaba a explicarse la razón de aquel silencio largo. Y en su alma se hacía la tristeza, la sombra, el aniquilamiento...

Sólo encontraba consuelo yendo a confiar a Dios y a la Virgen de Vilanova sus pesares y sus dolores. En la Iglesia pasaba las únicas horas dulces del día, porque en la Iglesia podía desahogarse sin temor a burlas, a auspicencias, a rencores.

Aquel día, al salir de la Iglesia, encontré a Rosiña con Carmela, que también había ido a rezar por su Manucho. Bajaban juntas las gradas que descendían del pórtico, y Carmela le preguntó:

—¿Y tú nunca has recibido carta de Antonciño?

—No, Carmela—replicó la moza con un profundo acento de tristeza—. Desde que se marchó nunca unas letras recibí de él...

—¡Qué raro!... —exclamó Carmela que quería a Rosiña y sufría viéndola sufrir—. ¡Qué raro! Pues mi Manucho nunca dejó de escribirme. Dice que tiene ya miles de pesos y que volverá pronto millonario. ¡Qué riquísimo es! ¿Sabes lo

que me dice en su última carta? Que pregunte lo que vale la "Casa Grande" para montar allí una confitería.

Se cruzaron con Chiruca, que iba del brazo de un mozo y que se paró a hablar con ellas unos momentos.

—Hablábamos de los ausentes —explicó Carmela, mostrando la carta de Manucho que llevaba en la mano.

—Yo también tuve carta del mío —rió Chiruca—. El muy sinvergüenza me dice que no me olvida ni un instante, pero al final me pide perdón porque se casa con una mulata que tiene muchos cuartos. ¡Bah, pero a mí no me importa eso!... ¿Verdad, Pepiño? ¡Pero el día que te vea comprando una maleta te parto una pierna!... ¡Tú no te me vas a las Américas!

Rosiña tuvo una vaga sonrisa. Aquella Chiruca sería siempre la misma. ¡Ah, si ella pudiera arrancarse del corazón la angustia que llevaba clavada en él! Pero aunque el dolor era grande, grande era también la esperanza. Rosiña tenía fe ciega en el ausente. Creía en él. Esperaba en él.

Don Jesuino pasó también junto a las mozas. En aquel Vilanova se encontraban varias veces al día,

porque pocos lugares había por donde pasar inadvertido.

—¿Qué hay, Rosiña? ¿Tuviste noticias? — preguntó el bueno del doctor a la moza.

—No, don Jesuñño, no sé nada de él desde que partió—contestó la moza con aquella tristeza que se le asomaba a los ojos y se le quebraba en la garganta.

—Sí que es extraño... Nunca lo creyera de Antunciño.

—¿Y estará enfermo, don Jesuñño?—preguntó Rosa con angustia.

—No lo creo, rapaza. Me lo hubiera escrito Manucho. Yo confiaba en él... y confío. Pero no llores, rapaciña, no llores. Si te ha olvidado no se merece tus lágrimas el malpocado... ¡Olvidar de ti... y hasta de su tierra!—murmuró don Jesuñño con un dejo amargo, pues se llevaba un gran desengaño de aquel mozo en el que había creído siempre.

En la cocina de la "Casa Grande" estaban esperando la llegada de Rosiña sus tíos y Pancho, el de Cerván, aquel Pancho que rondaba a la moza y al que le bailaban el agua en los ojos, con codicia aldeana, Rogelio y Sabela, porque veían en él su porvenir resuelto.

—¡Ay, don Pancho, siéntese usted, siéntese, no le tardará la moza en llegar! Fué a la Iglesia—decía

la Sabela, haciéndose de misiles ante el cincuentón sátiro—. ¿Quiere tomar una copiiña mientras espera? Le voy a dar el mejor aguardiente que salió del Ribeiro.

—Se agradece, Sabela.

—Póngase cómodo—añadió Rogelio tomándole el sombrero de las manos y acomodándole de la mejor manera que supo en el sillón de honor de la cocina—. Casi se puede decir ya en verdad que está usted en su casa...—añadió, subrayando mucho sus últimas palabras.

—No tanto... no tanto...—sonrió Pancho, halagado por aquella alusión.

—No diga, don Pancho, que donde pone usted el ojo pone la bala. Pero, mire, ya está aquí Rosiña...

Don Pancho asomóse a la ventana para ver llegar a la moza, se arregló la corbata, se atusó el cabello y sacó del bolsillo un estuche que contempló con una sonrisa endiablada. Rosa entró en la cocina y se quedó un poco rezagada al verle. No le gustaba aquel hombre que sus tíos estaban empeñados en meterle por los ojos. Sabela, siempre hecha una miel, dijo a Rosa:

—Pasa, mujer... no te quedes ahí pasmada...

—Vienes hecha una verdadera rosa temprana, zagala. ¡Con tu traje de fiesta! ¡Sí que vienes guapa!

— exclamó Pancho acercándose a ella insinuante—. Y lo vas a estar más... Mira, a mi hermana le llevaba ya estos pendientes, pero ya son tuyos... tómalos.

Rosa tomó el estuche y miró con indiferencia aquella joya que le entregaban. A la Sabela se le agrandaron los ojos de codicia y dijo, expresiva y vehemente:

—¡Ay, don Pancho! ¿Para qué hace usted eso?... Cógelos, tonta, y dale las gracias.

Rosiña vaciló, miró a los pendientes, a la Sabela, a Rogelio... y luego, bajando los ojos porque no se atrevió a mirar a Pancho, dijo, encendida en rubor:

—Gracias, señor...

En aquel momento sonó el timbre, afortunadamente para Rosiña, porque Rogelio le dijo:

—Es el señorito Javier que llama... Anda a ver qué quiere.

Y pudo la moza salir precipitadamente de la cocina para dirigirse a la habitación del señorito, huyendo de aquel Pancho que le daba casi más miedo que una aparición infernal.

Javier sostenía una conferencia telefónica con Marita que le había llamado desde Madrid, porque no podía vivir sin él, porque estaba encaprichada con él y porque no que-

ría pasar por la humillación de que fuera él quien la plantara.

—No seas pesada, Marita—decía Javier cansado ya de hablar con aquella mujer de la que no sabía cómo deshacerse—. Yo te prometo que dentro de quince días estaré en Madrid a tu lado.

—¡Que no... que no... y que no! —replicaba la voz que hablaba al otro extremo del hilo—. O te vienes hoy mismo o hemos terminado para siempre.

—Oye... no seas estúpida... —dijo Javier. Y, viendo que Rosiña, que entraba en aquel momento en la habitación, se tomaba para ella la frase, añadió apresuradamente: —Espera, Rosiña, no te vayas...

—¡Rosiña! —rugió la voz de Marita desde Madrid—. ¡Rosiña!... ¡Eso ya lo sabía yo! ¡Si lo vimos todos cuando estuvimos allá!... ¡Si ésa es a la que tú quieres!

—Sí, la quiero, la quiero más que te he querido a ti. ¡Hemos terminado! —dijo Javier con vehemencia, colgando el teléfono decidido a romper con aquel pasado odioso.

Y volviéndose hacia Rosiña que le miraba extrañada y confusa, le dijo con naturalidad:

—Ya has oído, Rosiña, se acabó todo. ¿Y sabes por qué?... Por ti, porque te quiero, porque te quiero, ¿sabes? y estoy muy contento de

quererte. Porque eres la única mujer de verdad que he encontrado en mi vida. Ven, acércate, ven a mi lado, siéntate aquí, junto a mí...

—No sé si debo, señor...—murmuró la moza cada vez más confusa.

—No me tengas miedo...

—Yo no tengo miedo a nadie, señor—dijo Rosiña, alzando fieramente la cabeza, en un gesto de orgullo y de dominio que encantó a Javier.

—Así me gusta oírte hablar... con esa entereza, con la frente alta, erguida la figura, segura de ti misma... Ya sé que soy un estúpido, tú me acabas de convencer de ello... Estaba acostumbrado a tratar con otra clase de mujeres. ¡Eres admirable, Rosiña!

—¿Manda algo más el señorito Javier?—preguntó la moza, retrocediendo los pocos pasos que había avanzado.

—No, nada; gracias, Rosiña—replicó Javier, mirando con respeto y veneración a la moza.

Y ella salió de la habitación con su modestia, con su serenidad, con su valentía, porque iba siempre salvaguardada por aquel amor que sentía hacia Antonciño y que nada ni nadie lograrían nunca arrancar de su corazón.

* * *

Antonciño iba subiendo de categoría en aquel café de negros de Marianao en donde había entrado de lavaplatos y del que era ahora el cajero. Su actividad, su honradez, su hombría de bien y sus ansias de mejorar siempre, le hicieron estimado del amo y le lograron aquella constante mejora en los servicios que iba prestando en el establecimiento.

Aquella noche, como todas las noches, Antonciño ayudaba desde detrás del mostrador a servir los cócteles para la clientela. Cada vez era más numerosa la concurrencia que iba al café y Antonciño encontraba siempre medio de multiplicarse y de atender a todos. Aquella noche, cuando ya estaba el café repleto de público, de su saúdua clientela, entraron dos policías que miraron a todas partes con detenimiento y se fijaron largo rato en Antonciño que no había reparado en ellos.

—¿Es el del mostrador?—preguntó el jefe de policía al que le acompañaba.

—Sí, aquél es.

—¿Seguro?

—Seguro.

—En la cabina del teléfono le espero. Llévelo allí en seguida.

Acercóse el policía al mostrador y llamó a Antonciño con un gesto.

—¿Me llama a mí? ¿Qué va a ser? ¿Un wiskey y soda?—preguntó Antonciño creyendo que se trataba de un nuevo cliente.

—No va a ser nada. Me va a seguir usted. El jefe le espera en la cabina del teléfono.

—¿A mí? ¿A mí la policía?—preguntó Antonciño asustado y preocupadísimo, pues estaba seguro de haber cumplido fielmente con todas las leyes de la isla.

—Sígame—replicó el otro secamente.

Antonciño obedeció. Al encontrarse frente al jefe dijo, respetuoso y lleno de temor al mismo tiempo:

—Usted me dirá, señor.

—¿Tú desembarcaste en La Habana el 6 de octubre del año pasado?

—Sí, señor.

—¿Hiciste la travesía en el "Victoria"?

—Sí, señor.

—¿En qué clase?

—Pues... en... en primera—contestó Antonciño, decidiéndose a mentir.

—¿En primera? ¿Estás seguro?—inquirió el jefe de policía mirándole fijamente.

—Sí señor... digo, no, señor... bueno, le diré a usted... en primera no, aunque yo creo que sí, que vine en primera—dijo el mozo atropado-

lladamente, contradiciéndose, sin saber qué explicación dar a su extraño viaje.

—Di la verdad... tú has venido de "polizón"...

—Sí, señor, esa es la verdad... Pero tengo miedo de que me vayan a prender... —dijo Antonciño con candor e ingenuidad.

—No, hombre, no, no tengas miedo... Anda, vete a tu puesto.

Dudó unos momentos el rapaz y luego se encaminó al mostrador, en tanto el jefe de policía marcaba un número en el teléfono y decía con gozo:

—Ya le tengo... ya le he encontrado. Está aquí, en el puerto, en el bar "La Machicha"... No, no, no me marcharé hasta que ustedes vengán.

Los dos policías se sentaron ante una de las mesas y esperaron. Antonciño sintió sudores de muerte al verles allí, sin moverse, que le miraban con insistencia y que comentaban entre ellos algo que debía concernirle y que él no se podía explicar.

Cuando se acercó a él Manuel y le preguntó, dándole una palmada en el hombro: "¿Cuánto llevamos ganado esta noche?", se sobresaltó como si le despertaran de un sueño, y replicó, turbado:

—No sé... doscientos pesos... no, más de doscientos...

—Pero, ¿qué te pasa?—inquirió Manuel—. ¿Estás medio atontado? Toma, para que despiertes... Aquí tienes diez pesos para ti, de propina.

—¡Ah, diez pesos! Bien, gracias —replicó Antonciño, tomando el billete, pero sin ninguna alegría, porque la presencia de los policías le asustaba.

De pronto, entre el tumulto de la música, del baile, de las conversaciones, de los gritos, de las risotadas, se destacó una voz potente, una voz bien conocida de Antonciño, que gritaba:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?... ¿Dónde está?...

Antonciño miró sorprendido y vió entrar a doña Claudina, a María Ester y a los pollos que siempre la acompañaban junto con el caballero aquel que en el barco se pasó toda la travesía marrado... pero no por el mar, sino por el alcohol.

—¡Doña Claudina! — exclamó Antonciño, dejando el mostrador y corriendo hacia la que le había amparado y protegido.

—¡Mi "polizón"! ¡Qué ingrato! ¡Desde que llegamos que no sé de ti! ¡Y yo loca buscándote por toda la isla!—dijo doña Claudina, abra-

zando al muchacho con transportes de júbilo—. ¡Toda una brigada de policías movilizada buscándote!... ¡Mil pesos de premio ofrecí a quien lograra encontrarte y se lo han ganado estos dos estupendos policías!

—¡Mil pesos! — murmuró Antonciño, mirando con rencor a los dos guardias que se ganaban tan bonita suma con tan poco trabajo.

—No sabes el interés que todos tenemos por ti—añadió Ester estrechando la mano del antiguo "polizón"—. Si no te llegamos a encontrar, Claudina se nos vuelve loca.

—Yo creo que debiéramos celebrarlo bebiendo algo—dijo el borrachín.

—¡Sí, sí, que nos preparen unos cócteles!—asintieron todos.

—Esta vez me permitirán que les invite yo—dijo Antonciño, muy correcto—. Y que lo invente yo... empezando por el que daré a mis dos queridos policías...

Confeccionó dos cócteles en los que puso los más disparatados licores, los dió a beber a los guardias, que se atragantaron y comenzaron a toser desesperadamente, y entonces, con mucha calma, con esa calma gallega que rara vez pierde el hijo de aquella tierra, les dijo:

—¡Vaya susto que me dieron por mil pesos! Ahora ya pueden irse a tomar el fresco al malecón.

Cuando los policías hubieron salido, Antonciño comenzó a preparar los cócteles de veras que debía dar a sus amigos de verdad. Manuel se acercó al mozo y le preguntó, sorprendido y curioso:

—Pero ¿tú conoces a esa señora?

—¡Y no he de conocer!—replicó Antonciño que no podía olvidar el deje de su tierra—. ¡Si es la que me escondió cuando vine!

—¿Y tú sabes que media Habana es suya? Tiene fábrica de tabaco, de jabones, ingenios de azúcar... millones de pesos creo que tiene y parece que se interesa mucho por ti.

—Doña Claudina es una santa... por lo menos lo ha sido para mí—afirmó Antonciño, mirando con cariñoso respeto a la dama.

—Tú no sabes, muchacho, lo que vale una amistad así.

—¡Ay, don Manoliño, lo que se me acaba de ocurrir!—exclamó el mozo dándose una fuerte palmada en la frente—. Doña Claudina me ha dicho que vendrá al bar todos los días, y si ella viene vendrá lo mejorcito de La Habana... ¿Por qué no hacemos un restaurante de noche para la gente de dinero? Ella nos traerá los clientes y nosotros hacemos lo demás...

—Pero para eso hará falta ma-

cho dinero—dijo Manuel, dudando.

—No, señor... con cinco mil pesos lo hacemos todo si tenemos voluntad. ¿Usted los tiene?

—Cuatro mil podía arriesgar—dijo Manuel después de haber hecho unos cálculos en silencio.

—Y los mil que tengo ahorcados yo... ¿Hace?

—¡Trato hecho! ¡Venga esa mano!—replicó Manuel decidiéndose y estrechando la mano del gallego.

Antonciño meditó unos momentos, sonrió satisfecho y dijo:

—Usted déjeme a mí. En esta cabeza hay muchas ideas. El restaurante figurará la cubierta de un gran trasatlántico. Dos orquestas. Pista de baile. Cocina cubana y cocina española... arroz con frijoles y caldo gallego. Y en la puerta un gran letrero luminoso que ponga:

POLIZON BAR-RESTAURANTE

Y lo que podía parecer imaginación de un cerebro calenturiento, al cabo de muy pocos meses fué una esplendorosa realidad. El "Polizón Bar-Restaurante" funcionaba con un éxito creciente y acudía a él lo más aristocrático de La Habana, porque doña Claudina se había encargado de dar tono al restaurante de "su querido polizón", como ella llamaba siempre a Antonciño.

Doña Claudina acudía todas las noches. Ella había hecho famoso el "Polizón Bar-Restaurante". Ella había hecho famoso este nombre de polizón que toda La Habana conocía y que se había difundido hasta Nueva York, porque doña Claudina había creado en sus fábricas una serie de productos nuevos que llevaban todos el nombre de "Polizón".

Una noche, pasado ya cierto tiempo de la existencia del restaurante, Antonciño, que se había transformado en el hombre de moda de La Habana, recibió una gran sorpresa, viendo llegar al restaurante a Manucho, pobre, mal vestido, y a quien el negro de la puerta no permitía entrar en el local aristocrático.

—¡Manucho!... ¡Manucho!

—¡Antonciño! —replicó Manucho.

—¡Dos años sin verte, Manucho! ¿Qué fué de tu vida?

—Me arruiné. Reñí con mi hermano... Anduve perdido... No tuve suerte, rapaz; fui de todo: portero, limpiabotas, barman, peluquero...

—Anda, no te apures y entra conmigo... ¡La suerte te ha traído aquí!

—Pero, ¿cómo voy a entrar con esta facha? —preguntó Manucho, mirándose a sí mismo y mirando la

impecable corrección con que iba vestido Antonciño—. ¡Me van a echar!

—¿Viniendo conmigo? ¡Qué va! Anda, pasa, ven.

Entraron en el salón comedor. Antonciño condujo directamente a Manucho a la mesa en donde sabía estaba todas las noches doña Claudina, y le dijo, presentándole:

—Madrina, traigo una gran sorpresa... Un antiguo amigo nuestro...

—Pues yo guardo otra para ti... ¡El capitán de nuestro barco!

—¡Cómo, el señor capitán! —exclamó Antonciño, saludando respetuoso.

—Sí... y ahora le estaba diciendo los apuros que pasamos para tenerle escondido... ¿Y no sabes qué me ha contestado?... Que mayores apuros pasó él para hacer la vista gorda.

Todos rieron de buena gana, y Antonciño, un poco emocionado recordando aquella travesía que ya le parecía tan lejana, dijo:

—Estoy muy agradecido a todos, porque gracias a todos ustedes, a sus bondades, a sus vistas gordas... he podido triunfar. Y hoy puedo ofrecerles a ustedes todo cuanto quieran... Yo vine gratis en su barco... hoy usted come y bebe gratis, siempre que quiera, en mi casa...

Charlaron, bebieron, rieron, bailaron... Ya muy entrada la noche, casi al amanecer, porque ya la estrella de la mañana asomaba en el horizonte, Antonciño salió a la terraza que daba sobre el mar y se quedó allí, mirando fijamente la vasta extensión de las olas sobre las que rutilaba la luz de las estrellas poniendo en ellas fosforescencias deslumbrantes.

Llegaban del salón los ecos de la música, diluïdos en el ambiente plácido de la noche tropical. La orquesta había comenzado a tocar una canción gallega, una de aquellas saudades pleitóricas de nostalgia, de romanticismo, triste y morriñosa, como el alma de Antonciño en aquellos momentos.

El muchacho hundió su mirada en la lejanía y escuchó la música que evocaba en él tantos recuerdos, que despertaba todas sus dormidas añoranzas, y se quedó así, ausente, lejano, sin notar la presencia de Manucho que se había acercado a él y le miraba en silencio, comprendiendo lo que pasaba en su alma.

—Esa música no debió haber sonado ahora...—murmuró Manucho, como hablando consigo mismo, pero sus palabras volvieron a Antonciño a la realidad.

Miró éste a su amigo sin decir

nada, y Manucho, dulcemente, le dijo:

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás triste ahora que todo te sonríe?

—No me importa nada en este momento, Manucho... Me importa solamente este mar, este mar tan grande que me separa de los paisajes dulces de mi aldea... de mi Galicia...

—Nuestra terrñña... ¿No tuviste noticias de allá?

—¡Nunca! ¿Qué será de todo aquello?... El zoqueiro, el cruceiro. Don Jesusiño y la "Casa Grande"...

—Dicen que la venden, ¿sabes? —inquirió Manucho, que no había dejado de tener noticias de su tierra.

—¿Que la venden? —preguntó Antonciño, irguiéndose como si le hubiera picado una víbora—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Carmela me lo escribió hace un mes...

—¿En venta la "Casa Grande"? —suspiró levemente Antonciño—. ¡Si pudiera llegar a tiempo!—murmuró, siguiendo el hilo de su pesimismo que se había ido muy lejos.

—Mañana sale barco para allá —arguyó Manucho tentándole.

—Sí, el mismo que nos trajo... Me iré en él, aunque tenga que ha-

cer de nuevo el viaje como "polizón"...—exclamó Antonciño en un raptó vehemente.

—Y yo me voy contigo.

—Tú te quedas aquí hasta que yo vuelva. Vigilarás mis intereses...

—Pero ¿y mi Carmela?... ¡Con las ganas que tengo de verla! ¡Aunque me vea pobriño como las ratas!

—¡Ay, Manucho! ¡Nos tira la tierra! ¡La terrriña meiga, con sus saudades, con sus alalás, con sus melancolías!...

* * *

Ocupó Antonciño el mismo camarote que ocupara doña Claudina en el viaje en que él fué de "polizón" y donde él pasó tantos apuros para permanecer oculto y que no fuera descubierta su presencia. El capitán se lo había reservado con gusto y Antonciño se había instalado en él cómodamente. Tumbado en la litera soñaba en su patria, pensaba en todas las cosas que le habían sucedido en aquellos dos años y en el pobre Manucho que se había quedado en tierra con las ganas que tenía de ir a Galicia...

Le llamó la atención ver asomar de pronto, como si anduvieran solas, sus zapatillas debajo de la litera, pero no hizo caso. Había bebido mucho en la despedida y creyó que

estaba un poco marcado. Miró bajo la cama y apareció Manucho.

—¿Tú aquí?—exclamó Antonciño, riendo.

—Sí, perdóname... Vengo de gratis, como tú cuando saliste de Galicia... No podía quedarme solo allá... Gasté los pesos que me diste en pagar mis deudas... y ya que nos fuimos juntos, es natural que juntos volvamos.

—¡Bien hecho, Manucho! ¡Dame un abrazo!—dijo Antonciño con alegría.

—¡Qué contenta se va a poner Rosiña cuando te vea llegar rico!

—Nadie lo sabe aún. Quiero llegar de sorpresa. ¡Ya verás! ¿Te acuerdas que marché despreciado por todos? ¿Que nadie creía en mí? ¡Pues ya verás el chasco que van a llevarse!... Emplearé mi dinero en grandes obras: haré escuelas, una Iglesia nueva, asfaltaré las calles, haré un cine, un paseo nuevo... y un mercado más grande que el pueblo... ¡Verás cómo me van a querer ahora todos!

—Claro que lo malo es que tu caso... no es para confiarse mucho.

—¿Qué quieres decir?... Saltarán de alegría cuando me vean. Ya me tarda en abrazar a don Jesusiño, el médico. Me llevará de su brazo...

—Pero no será por ti, sino por

tu dinero—dijo Manucho filosóficamente.

—¿Qué dices? ¿Me recibirá el alcalde y todo el Ayuntamiento?—dijo Antonciño, que se iba exaltando por momentos.

—Claro, pero no será por ti, será por todo lo que le vas a ofrecer...

—¿Se me abrirán las puertas de la "Casa Grande"?!

—¡Ya lo creo, por si les prestas dinero! Se te abrirán esas puertas y todas las del pueblo, pero no por ser Antonciño, sino por ser el dueño de un talonario de cheques... Y eso es lo malo, que no se nos quiera por nosotros mismos, sino por aquello que tenemos encima... Es lo del burro cargado de oro y perdona la comparación... No interesa el burro, interesa el saco. A mí, por lo menos, me cabe la alegría de que me esperen por mi persona, y el que me abraza y me quiera será por mí... ¡Y si Carmela llora de alegría, llorará por mí!

Antonciño se quedó muy pensativo, apesadumbrado, como si el mundo se hubiera hundido a sus plantas.

—¿Crees tú que Rosiña...?

—Yo no sé nada, pero sí te digo que el amor más grande se deja influir por el dinero. Tú piénsalo, santiño, piénsalo...

Antonciño no tuvo que pensarlo

mucho tiempo. Abrió el baúl, sacó de él las ropas que llevara al salir de Vilanova, y mirándolas con cariño murmuró:

—Ya lo tengo pensado, Manucho, ya lo tengo pensado. Apúntate el telegrama que vas a mandar desde La Coruña.

—¿Cómo que voy a mandar?... Que vamos a mandar, querrás decir.

—No... Lo mandarás tú porque el que regresa rico eres tú... ¡De Antonciño, ni una palabra!

Manucho se quedó con la boca abierta, asombrado de aquella súbita decisión, pero dispuesto a hacer todo cuanto Antonciño le mandara.

* * *

El telegrama lo recibió Carmela y lo fué mostrando a todo el pueblo. ¡Aquello era la locura! Todo el mundo se lo supo pronto de memoria.

"Largo vapor "Victoria" semana próxima, dispuesto volcar miles de pesos grandes mejoras Vilanova. Desde Coruña telefonaré. Besos y abrazos. Manucho."

—¡Yo me volveré local!—exclamó Carmela con entusiasmo.

—Siempre dije yo que ese chico llegaría lejos—agregó doña Remedios, convencida.

Todo el pueblo se deshacía en comentarios y exclamaciones. Aquello era el acontecimiento mayor que se habría presentado desde hacía un siglo.

Se prepararon grandes festejos para la llegada del millonario. Manucho había puesto telegramas al alcalde, al médico y al párroco, comunicando su llegada y la llegada de sus millones, y todos se desvivían para hacer más ostensible el júbilo que proporcionaba a Vilanova la llegada del Mecenas.

El día señalado todo el mundo se vistió de fiesta. Muchos fueron a esperarle hasta el cruceiro. En la plaza había la charanga y en el Ayuntamiento se celebraba un gran banquete. La gente se hacía en las calles para ver el paso de Manucho y de todas partes se oían gritos de júbilo y alborozo.

Manucho llegó vestido con esa elegancia estridente de los "americanos", de los que han ido a hacer fortuna a América, abrazó a su novia con transportes de entusiasmo y se dió tono de gran señor con sus paisanos. Estaba muy bien enseñado por Antonciño y parecía él en realidad el millonario.

Antonciño, desarrapado, astroso, harapiento, llegó al pueblo cuando éste bullía de júbilo. Escabullóse entre la gente sin ser nota-

do por nadie, y se fué cerca de la casa grande, de aquella casa que contenía para él el mejor, el único tesoro; pero no queriendo ser visto todavía, siguió el camino y fué hasta la casa del médico.

Salta éste precipitadamente para no hacer tarde a la recepción que se preparaba en el Ayuntamiento, y se quedó asombrado al ver a Antonciño.

—¡Antón!... ¡Rapaz! — exclamó con alegría estrechándole entre sus brazos con sincera emoción—. ¿Pero de dónde sales? ¡Qué sorpresa! ¡Creímos que te habías muerto!... Ni una letra tuya desde que te marchaste, condenado. ¡En este momento voy a recibir a Manucho, que dicen llega millonario! ¿Viniste con él?

—Sí... con él vine, don Jesucino.

—Poca suerte tuviste, rapaz— dijo el doctor mirando con conmiseración la miseria en que venía Antonciño—. Pero no te importe. En mi mesa siempre habrá un sitio para ti.

Y volvió a abrazarle con efusión, con ternura, con un abrazo que tenía mucho de paternal.

—¡Dios se lo pague... don Jesucino...! — replicó Antonciño con los ojos velados por el llanto—.

Este abrazo vale para mí más que todo...

—Pero ¿lloras, rapaz?

—Lloro de alegría... Ya le contaré... Dígame, don Jesusiño, ¿qué fué de Rosiña? ¿Dónde está?

—¿Rosiña?... No creí que te atrevieras a preguntarme por ella. La pobre no sé cómo no enfermó de tanto quererla... Nunca recibió una noticia tuya... ¡Lo que lleva llorado!

—¿Cómo es posible?—preguntó Antonciño, extrañado—. Yo le juro...

—No jures, porque es verdad... No tiene disculpa tu olvido... Ella a pesar de todo te esperó... Te esperaba siempre... porque es buena y dulce como una paloma...

—Pero entonces... mis cartas... —murmuró Antonciño, sin comprender lo que había ocurrido—. Yo quiero verla... quiero decirle que...

—Ya la verá. Ten un poco de paciencia, hombre, que más tuvo ella esperándote... Ahora me voy al Ayuntamiento a la recepción. Yo siempre creí que algún día iría a recibirme a ti... Ya ves lo que son las cosas; pero ánimo, rapaz, ánimo... Luego comerás conmigo... En mi casa no te faltará nunca nada —dijo el doctor, que sentía cariño sincero por el mozo.

—¿De verdad, don Jesusiño?—preguntó Antonciño con el rostro inundado de dicha.

—De veras... pero ¿por qué te sorprendes? Ya sabes que siempre te quise bien.

—¡Ay, don Jesusiño, hoy es el día más feliz de mi vida, con ese cariño que usted me demuestra por mí solo, por mí solito nada más!...

Don Jesusiño llegó a la recepción cuando llevaba buen tiempo de empezada. Había hablado el alcalde y el secretario y algún concejal y ahora iba a tocarle el turno a Manucho, que estaba muy nervioso y que, por lo bajo, preguntó al alguacil:

—¿Dónde está Antonciño?

—No le dejé pasar, porque va así... tan... —repuso el alguacil.

—¡Animal! Ahora mismo lo buscas y lo traes aquí... ¿Has oído bien?

Le encontró en la taberna. Había entrado a beber un vaso de vino y a escuchar las conversaciones del pueblo. Todo el mundo alababa a Manucho porque volvía millonario. A él le dijeron algunas cosas desagradables, de las que no hizo caso, porque aquellos tiros no podían contra él. Cuando el alguacil le llamó, siguióle de mala gana. No quería asistir a la recepción. Quería que las cosas se fueran desarro-

llando lentamente hasta que llegara el momento de descubrir la verdad...

Entró en el salón del Ayuntamiento y miró a todas aquellas gentes que allí se habían congregado para halagar a un fantoche, al burro del saco de oro... sin saber ver que el saco era él mismo...

—Bebe, Antoneño — le dijo Manucho, haciéndole sentar a su lado—, bebe, que de todo esto tiene que disfrutar lo mismo el que llega pobre que el que llega rico.

Pero nadie le hizo caso, porque iba mal vestido, y Antoneño salió en cuanto pudo. Quería ver a Rosiña, y verla antes de que pudiera descubrirse toda aquella farsa. Fué a buscarla al establo de la casa grande, y allí la encontró, ordeñando las vacas. Llamóla con voz queda:

—¡Rosiña!... ¡Rosiña!...

Alzó los ojos la moza al escuchar aquella voz conocida, vió a Antón, corrió a él y se abrazaron estrechamente, presos los dos de una misma emoción.

—¡Antoneño! —lloraba la moza con alegría.

—¿Creíste que te había olvidado, verdad?... ¡Ahora no habrá nada ni nadie que pueda separarnos ya!

—¡Cuánto he sufrido en estos

dos años, Antoneño! No lo sabes bien... Supe que llegaba Manucho lleno de riquezas... pedí a la Virgen que volviera tú... aunque fuese pobriño... Yo sólo te quiero a ti, a ti tal como eres, sin lujos ni riquezas... así te siento más mío... así nos queríamos antes... ¡Y la Virgen de Villanova me ha escuchado!...

—Santiña... ¡si tú supieras la alegría que me dan tus palabras!... El dinero no tiene valor ante un tesoro como tú. ¡Tú eres lo único que vale para mí en el mundo!... Tú... y la casa grande, que guarda tantos secretos nuestros.

Rosiña bajó los ojos, ruborizada, y contestó para desviar la conversación:

—Cambia de dueño, ¿sabes? Dicen que se quedará con ella Pancho el de Cervás...

—¡Mal enemigo! — exclamó Antoneño, frunciendo el ceño.

—No lo sabes bien... Arruinó al señorito Javier sólo para quedarse con esta casa...

En aquellos mismos momentos, en la cocina de la casa grande, Pancho el de Cervás, hablaba con Rogelio referente a la subasta, a aquella farsa de subasta convocada con el solo fin de poderse adjudicar él la finca de una manera legal.

—No se preocupe, que la casa grande es para usted, don Pancho —decía Rogelio—. No creo que nadie se atreva a pelear en la subasta.

—Si se atreven es igual... He de poder con todos; es cosa de amor propio y Pancho, el de Cervás, no se deja pisar nunca el terreno.

Seguro estaba de que nadie le iba a "pisar el terreno", según propia expresión, pero para mayor seguridad, había comprado la complicidad del alguacil, consiguiendo que éste hiciera coincidir la hora de la subasta con la del homenaje oficial, que se celebraría con gran pompa, unos días después para ser sólo él el que pujara y pudiera llevarse la casa grande. El alguacil se había negado al principio. Pancho le ofreció diez duros, creyendo que esto era un argumento convincente, pero el alguacil no accedió por tan poco. Pancho le ofreció veinte, y el alguacil empezó a dudar. Nueva oferta a Pancho, esta vez de treinta duros, y el alguacil se mostró ya propicio a encontrar una solución. Hasta que Pancho le ofreció por fin cuarenta duros y por fin treinta más, y entonces el alguacil resolvió plantarse en los cuarenta y exclamó: "¡Solucionado!"

Pero, luego, Manucho, obtuvo también, por doscientos pesos, la complicidad del alguacil, con objeto de que no se procediera a la subasta hasta que él llegase.

Y llegó el día convenido.

Manucho estaba aburrido de tanta fiesta y elogios dedicados a su persona. El día de su llegada se acostó derrengado, negándose a recibir a nadie más, arrojando de su habitación hasta a su novia y a su madre, pues quería descansar de una vez. El día había sido de alivio. De la primera recepción en el Ayuntamiento fueron a la confitería y se obsequió a la chiquillería con todas las golosinas que en ella había. ¿Se tiraba la casa por la ventana!

Quedaron un momento solos, Manucho y Antoncillo. El primero, aburridísimo y amargado, comentaba, muy filosóficamente, el egoísmo humano que sólo rinde pleitesía al oro; el segundo, aparecía contento de saberse querido por sí mismo, pobre como aparentaba ser. Manucho, picado en su amor propio, y prefiriendo saber que su novia le quería también sin dinero, se echó a gritar que él no tenía un céntimo, que era pobre como las ratas, pero Antoncillo le hizo callar, pues convenía a sus planes que siguiera la farsa, y discuten-

do los sorprendió don Jesusiño, al ver al cual, disimularon, abrazándose como si hubiesen estado jugando.

En la plaza se oían los gritos de la multitud y los acordes de la música. Se descubría en aquel momento la lápida que daba nombre a la calle del pueblo y que se llamaría desde hoy "Calle de Manucho Loureiro".

Los vítores, los aplausos, los gritos se entremezclaban en el aire formando una abigarrada algarría de sonidos.

Pancho el de Cervás se impacientaba, esperando en la "Casa Grande".

—Bueno, que ya es hora... Empezar la subasta, ¿o qué rayos hacemos aquí?

—Hasta que venga el señor juez no podemos empezar, y ahora está en la fiesta que se da a don Manucho—repuso el taimado alguacil...

—Pues hay que avisarle y que venga, que tengo que salir para Orense... Yo no puedo perder el tiempo por un americano.

El "americano" estaba sudando tinta. El homenaje no tenía fin, y a él le pesaban ya tantos plácemes inmerecidos. Ahora eran las niñas de las Escuelas Municipales que estaban allí, frente a él, que querían cantar una canción com-

puesta por la maestra, pero Manucho dió dos duros al alcalde para que les comprara bombones, y así se evitó el nuevo latazo.

—Señores... creo que debemos dar por terminado el acto — dijo Manucho, secándose el sudor de la frente..., al ver que el alguacil, obligado por Pancho, había ido a buscar al juez para la subasta.

Antonciño le habló al oído unas palabras y Manucho salió con él precipitadamente, corriendo a la casa grande, donde se celebraba la subasta.

Pancho el de Cervás, decía:

—Doy por la casa grande, los prados y la huerta, treinta mil duros. Y añadido mil pesetas más al tipo de subasta...

—Mil pesetas sobre el tipo de subasta — gritó el juez para que todos pudieran oírle.

—¡Mil duros más! — dijo Manucho, adelantándose.

Pancho, extrañado de verle llegar allí, cuando suponía que nadie estorbaría sus planes, le miró de arriba abajo con una mirada fulminante, y replicó:

—¡Mil pesetas más!

—¡Dos mil duros más! — pujó Manucho.

—¡Mil pesetas sobre los dos mil duros! — dijo Pancho.

—¡Cinco mil duros más! —

agregó Manucho con perfecta calma.

Pancho se mordió los labios y calló. El juez dió unos golpes y repitió: "¡Cinco mil duros!... ¡Cinco mil duros!... ¿No hay quién dé más?..." Y ante el silencio que se hizo en torno suyo, añadió en voz clara y potente:

—Se adjudica a don Manucho Loureiro por la cantidad de ciento setenta y nueve mil pesetas la finca conocida por el nombre de "Casa Grande", más el bosque, los cinco prados y la huerta incluidos en el lote de subasta. ¿Quiere usted firmar, don Manucho?

Manucho tomó la pluma, titubeó, miró a Antonciño sin saber qué hacer y le dió la pluma a él. El juez y Javier, que asistía a la subasta de su finca, cambiaron una mirada de extrañeza, no comprendiendo lo que pasaba.

Antonciño, con la pluma en la mano, buscó a Rosa, la cogió por el brazo, la condujo hasta frente a la mesa y, entregándole a su vez la pluma, le dijo, sonriéndole dichoso:

—Pon ahí tu firma, Rosa... Desde hoy eres la señora de la "Casa Grande".

Sabela y Rogelio palidecieron. ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Qué había pasado? ¿Por qué Ro-

siña era la que firmaba la escritura de adquisición de la "Casa Grande"?

Manucho lo explicó con los más mínimos detalles, mientras Rosiña, anonadada por tanta emoción, sin poder decir palabra, porque los últimos acontecimientos la han dejado aturdida y no sabe ni puede dominar los golpes locos que le da el corazón, sube a las habitaciones del piso alto para huir de la gente que la rodea, y que hoy la agasaja descubriéndose respetuosamente ante la "señora de la Casa Grande", olvidándose todos de pronto que hasta entonces habían despreciado o habían olvidado a Rosiña, la vaquera.

Al llegar al primer rellano, Rosiña detuvóse sorprendida y se hizo a un lado, porque el señorito Javier estaba allí con la maleta en la mano.

—¿Se va, señorito? — preguntó Rosiña, con acento de sorpresa.

—Sí, Rosiña, ahora mismo.

—¿Vuelve a Madrid?

—Sí, Rosiña, no supe conservar mi casa... Me marchó... Perdóname si alguna vez...

—Entonces... ¡adiós, señorito Javier! — interrumpió Rosiña, dulcemente, no queriendo que el señorito terminara la frase.

Javier, visiblemente emocionado,

do por tanta sencillez, tomó la mano de Rosiña, la besó con respeto y dijo sinceramente:

—¡Adiós, señora de la Casa Grandel...

Le vió Rosiña descender rápidamente las escaleras y disponerse a salir a la calle sin volver la cabeza. Pero al ir a salir Javier se vió sorprendido por unos brazos femeninos que se enlazaban a su cuello y por una voz desconocida que exclamaba con entusiasmo:

—¡Mi polizón!... ¡Mi querido polizón!...

Era doña Claudina que llegaba sofocada y ansiosa y que, equivocadamente, abrazaba a Javier confundiendo con Antonio. Al darse cuenta de que aquél no era su polizón, añadió, sofocadísima:

—¡Huy, qué plancha!... Usted perdone, caballero... No era a usted a quien quería abrazar.

Descubrió en seguida a Antonciño, y se abalanzó a él llena de alegría, como su hada buena, su madrina, como él la llamaba, y los dos se abrazaron efusivamente.

—No me ha olvidado usted...— murmuró Antón, sonriendo dichoso.

—¡Cómo iba a abandonar a mi polizón!... ¡Además, quiero ser madrina de boda! — añadió doña Claudina, abrazando a Rosa, que también estaba loca de felicidad.

Y como la noticia había corrido por el pueblo con la rapidez del rayo, el homenaje dedicado a Manucho Loureiro se prolongó, dedicado ahora a Antonciño, a aquel rapaz del que muchos se habían burlado, pero al que habían acogido con verdadero amor, creyéndole miserable y vencido por la vida, las dos personas más gratas a su corazón: don Jesusiño y aquella chiquilla galana que llevaba el nombre de una flor y que era entre las flores de su tierra la más primorosa y gentil.

Pocos días después, entre vitores y aplausos descubriose otra lápida que daba nombre a una calle del pueblo y en la que se leía en gruesos caracteres:

"Calle de Antonciño Caimos, antes de Manucho Loureiro".

Próxima temporada 1941-1942

como siempre
las mejores películas noveladas por

EDICIONES BISTAGNE

Josip de Bontle gurguis

